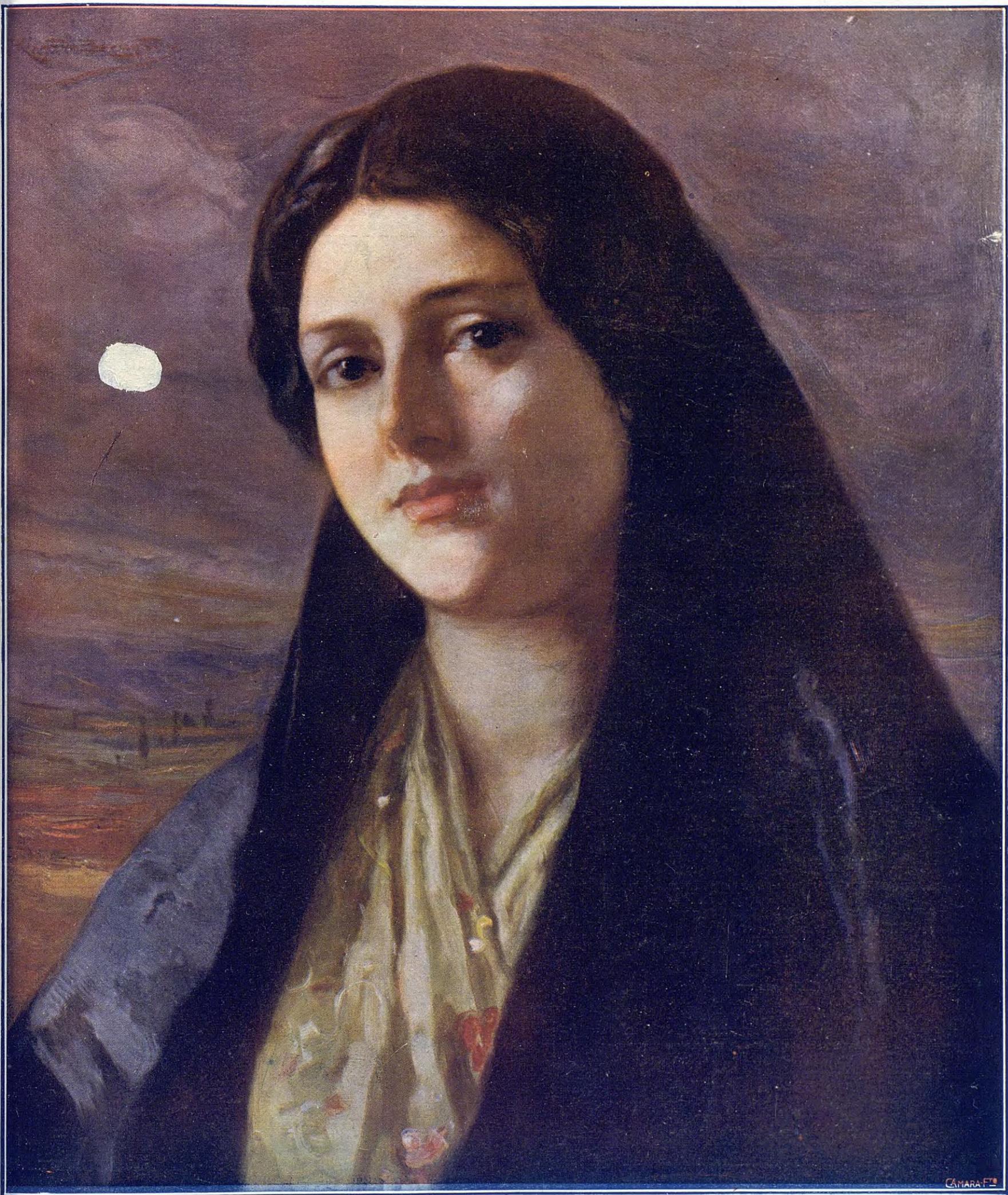


La Espera

6 Enero 1917

Año IV.—Núm. 158

ILUSTACION MUNDIAL



CAMARA FOTO

MUJER CASTELLANA, cuadro de Ricardo Brugada

DE LA VIDA QUE PASA

La nueva Emperatriz de Austria-Hungria

A ironía del destino, colocando actualmente soberanas de germana estirpe en la mayoría de los tronos cuyos países luchan con los Imperios centrales, reitera de nuevo el sarcasmo en sentido contrario, elevando al solio austriaco á una Princesa descendiente directa de Luis XIV, nieta de Carlos X, el último Rey de Francia. Su padre, Roberto de Borbón-Parma, soberano del Ducado—creado en 1720 para el Infante Felipe, hermano de Carlos III de España—, perdió en su minoría, á causa de la guerra de Italia, sus Estados, no sin la energética protesta de su madre, la Regente Duquesa Luisa. Era ésta hermana del Conde de Chambord, y ambos hijos del Duque de Berry—el malogrado Príncipe víctima de Louvel, é hijo á su vez de Carlos X—y de aquella intrépida Duquesa María Carolina, cuyas arriesgadas tentativas y viajes para restaurar en Francia la Monarquía hicieron proverbial su valor y heroica la fidelidad de sus leales en Bretaña y la Vendée. Expatriado en edad temprana el Duque de Parma, fué educado por la Duquesa viuda en un culto ferviente á los principios legitimistas que su familia representaba, y primero en Suiza, luego en Austria, donde hubieron de refugiarse, en el castillo de Schwarzen, cercano á Frohsdorf—la residencia ofrecida por suscripción nacional francesa al conde de Chambord—. Roberto de Parma vivió en la intimidad de aquel Príncipe inteligente y bueno, que prefirió sufrir las amarguras y tristezas del destierro antes que suscitar en Francia nuevas luchas fratricidas. Casado primeramente el Duque Roberto con una Princesa de Borbón-Sicilia, tuvo numerosa descendencia, aún acrecida cuando al quedar viudo contrajo nuevo enlace con la Infanta María Antonia de Portugal Braganza, de cuyo matrimonio nació en Viareggio, en 1894, la Princesa Zita María de la Gracia, siendo el número trece de sus hermanos, que han sido veinte. Confidada á las Religiosas Benedictinas francesas de Solesmes, desterradas en Ryde—isla de Wight, Inglaterra—á cuyo convento habíase retirado la Duquesa de Braganza, su abuela materna, una educación severa, retráida, formó su espíritu, madurando prematuramente la viva inteligencia y aumentando con su influencia el amor heredado con la sangre por la patria francesa, cuna de su raza. En los albores de la juventud, huérfana de un Príncipe sin estados, con una madre inconsolable, abrumada por el porvenir de sus hijos; una existencia austera, modesta, y un incierto y difícil futuro, parecía ofrecer el vivir á la Princesa Zita. Mas, como en los cuentos que forjó la fantasía, un hada benéfica velaba protectora, y sirviendo al Destino, conduciría á la Princesa á la Corte de un Imperio donde el heredero del trono, enamorándose de ella, la escogería por esposa. Y en esta ocasión fué el hada bienhechora la Archiduquesa María Annunziada, una de las figuras femeninas más interesantes de la Corte austriaca, en cuyo primer término colocáronla, bien á pesar suyo, las sucesivas tragedias dolorosas de la familia imperial. Dedicada especialmente á las buenas obras, en su capítulo de Damas Nobles de Fradschin, en Praga, sólo de tarde en tarde, y por deber, ocupaba su rango en Viena. Emparentada con los Parma, por ser su madre otra de las Princesas de Portugal Braganza, quiso la bondad de la Archiduquesa iluminar la obscura vida que esperaba á la Princesa Zita, y después de instancias repetidas, consiguió llevarla consigo y presentarla en la Corte, donde su juvenil belleza, realzada por hermosos ojos negros, penetrantes y dulces, causó gran impresión. La Princesa Zita no aportaba poderosas alianzas, por muy valiosas, vanas harta veces, más su carácter atrayente, algo tímido, unido á sus encantos personales, cautivaron al Archiduque Carlos Francisco, que por la muerte de su padre el Archiduque Othon, y el matrimonio morganático del Archiduque Francisco Fernando (la des-

graciada víctima de Sarajevo), había de heredar el trono de la doble Monarquía. Comovieron al anciano Emperador los sentimientos del joven Príncipe, y recordando, acaso como las mejores de su vida, las horas radiantes, ya lejanas, del idilio que precedió á su boda, acogió cariñoso á la elegida, como luz de esperanza que el amor ofrecía al infierno de sus años posteriores. Concertado el enlace, celebróse el matrimonio en el otoño de 1911, en Schwarzen, que seguía siendo la residencia habitual de los Parma, y en aquella solemne ceremonia, que al unir dos vidas fijaba para siempre la patria de la Princesa Zita, no pudo ésta olvidar los recuerdos inspirados á su infancia y educación, y su corona de desposada quiso que viniera de Francia, del suelo amado y venerado, donde un día florecieran las lises de su blasón. Entre el con-

curso brillante de Princesas y Archiduques reunidos en Schwarzen con motivo de las bodas, destacábese, aún arrogante, la hermosa figura de la madre del novio, la Archiduquesa María Josefa, tan querida y respetada en Viena por sus virtudes acrisoladas en pruebas dolorosas, que la dicha de su hijo prometía compensar en adelante. Cinco años más tarde, los jóvenes esposos ciñen la corona imperial, que quizás no esperaran tan pronto, pero que los odios y venganzas, armado manos asesinas y destruyendo con agobiantes y continuas inquietudes la débil vida de un anciano, han colocado en sus sienes. Que en su reinado el alba de la Paz, sumo bien de este mundo, brille consoladora acallando soberbias y desmanes.

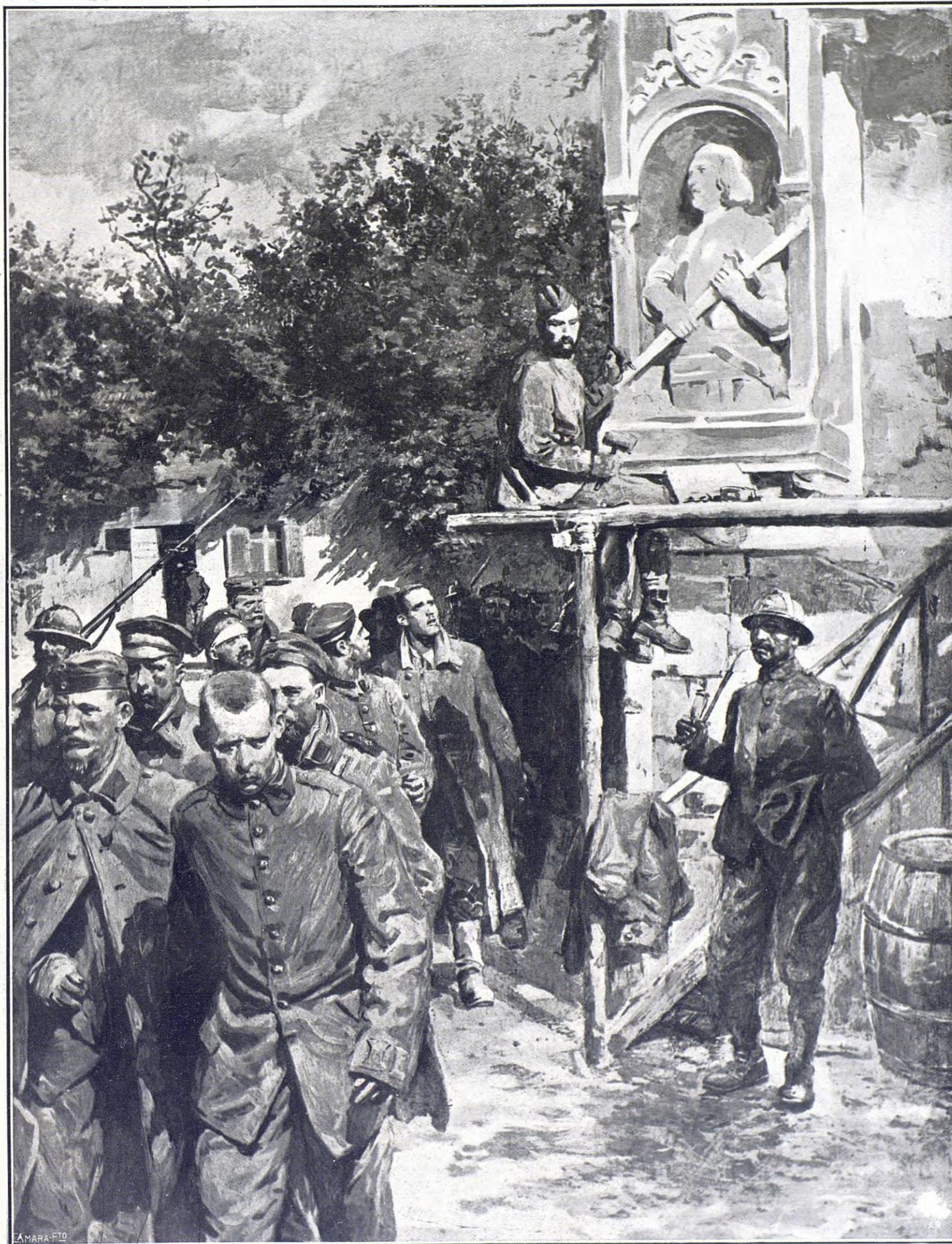
MARICRUZ



CAMARA-FOTO

CARLOS FRANCISCO JOSÉ Y ZITA MARÍA DE LA GRACIA
Nuevos Emperadores de Austria y Hungría

ESCENAS DE LA GUERRA



UN GRUPO DE PRISIONEROS ALEMANES, CONDUCIDOS POR LAS AFUERAS DE UN PUEBLO DEL FRENTE FRANCÉS

Matania, el ilustre dibujante inglés, ha sabido sorprender en este dibujo el doloroso contraste que forman los alemanes hechos prisioneros á raiz de la destrucción de un poblado, y el del laborioso soldado francés que presencia con melancólica mirada el paso de los enemigos apresados subido en el an lajío donde se ocupa en esculpir una imagen de Juana de Arco, como si quisiera reír en la medida de sus fuerzas tantos y tantos atentados artísticos ocurridos durante la campaña.

LA ESFERA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



LOS MAGOS DE ORIENTE, dibujo de Antequera Azpiri

EN LA SIERRA DEL GUADARRAMA

PEÑALARA

PEÑALARA es la montaña más alta, bella y grandiosa de la Sierra del Guadarrama.

Un grupo de entusiastas alpinistas madrileños adoptó su nombre para constituir una Sociedad encaminada al fomento de la cultura física y á la investigación y estudio de la orografía nacional. Siguen las huellas de aquel sabio y humilde maestro que se llamó D. Francisco Giner de los Ríos, explorador infatigable de las cimas del pensamiento y que sólo en las cumbres de los elevados montes hallaba el medio adecuado para las amplitudes de sus investigaciones filosóficas. Su alma solitaria, apacible en la sobriedad de la

viven en fábricas y talleres sometidos á las fatales consecuencias de emanaciones pestilentes, venenosas ó de aires viciados; para los que consumen las horas del diario trabajo en oficinas lóbregas, respirando en densas atmósferas de humo de tabaco, encorvado el cuerpo, baja la cabeza y lejos de las caricias fortificantes del sol para cuantos convierten su existencia en un culto grosero al placer, la Sierra es un tónico de alegría y de salud. Los días festivos, ¿dónde pasarlos mejor que en el campo ó en la contemplación de los bellísimos paisajes del Guadarrama?

La importancia de la labor realizada por to-

vierno, es gozar de un espectáculo incomparable. Todo seduce: la hermosura de la nieve, dando á las cosas su infinita pureza; los mares de niebla, llenando los dilatados valles, simas y hondonadas con el oleaje gris de las apelotonadas nubes; la soberana grandeza de los altivos picachos, inaccesibles en ocasiones, soberbios en su egoísmo de dioses acostumbrados á dialogar con el sol y las estrellas; los extensos pinares, verdes y ondulantes, como el océano en un crepúsculo vespertino; los vehículos que circulan por las carreteras; la nota, en suma, animada y cosmopolita que una muchedumbre abigarrada y ganosa de honestos



Una de las lagunas de Peñalara

FOT. PALACIOS

virtud, buscaba el nido donde posarse en el silencio de las vastas y majestuosas perspectivas serranas. Allí reposaba sus quebrantos físicos y bebía en el inagotable manantial de serenidad que nos ofrece la Naturaleza, la paz interior necesaria para arrostrar imposibles las tempestades de la vida. Ya viejo, con su cara ingenua, franca, de apóstol y de niño á la vez, daba á los jóvenes primerizos que acudían á la Sierra y que volvían fatigados y molidos de una excursión, el ejemplo sano y viril de su lozanía y su vigor.

Dignos discípulos del glorioso maestro, los socios de «Peñalara» no se conforman con visitar frecuentemente nuestra Sierra y los parajes más difíciles y desconocidos de España. Difunden sus conocimientos mediante una publicación mensual y dando conferencias en diversos Centros de cultura. Su obra docente es de un interés extraordinario y de una inmensa eficacia social. El manoseado *mens sana in corpore sano*, seguirá siendo una máxima incombustible de higiene mientras el hombre pueble el planeta. La existencia urbana, con el peligro constante de aterradoras enfermedades, produce incalculables víctimas que, con un poco de previsión y de limpieza, se podrían arrebatar fácilmente á la muerte. Para cuantos

dos los alpinistas madrileños ha sido grande, los resultados obtenidos de rápida cosecha. Recuerdo que, hace muy pocos años, en una excursión que realicé con Bernaldo de Quirós y c. malogrado Enrique de la Vega, tuvimos que dormir en la caseta de un peón caminero, cerca del puerto de Navacerrada, porque aún no estaba terminado el Club Alpino. Nos acostamos—y digo acostamos, porque yo, por lo menos, no pegué los ojos en toda la noche—en tres catres desvencijados, junto á la campana, blanca á trechos y á trechos mohosa, del espacioso llar. Soplaba el viento afuera, que entraba iracundo, á veces, por la chimenea, avivando las brasas del resollo y esparciendo por la habitación la amontonada ceniza de los consumidos leños. A la madrugada siguiente nos levantamos, subimos al puerto, donde yo me quedé durmiendo sobre la dócil yerba, á pleno sol, bajo la bóveda azul del cielo, envuelto en mantas y mansamente arrullado por un viente fresco, que trascendía á resinas, procedente de los pinares de Balsaín.

Grandes han sido los progresos del alpinismo en la villa y corte, y cada día lo serán mayores en beneficio de la salud pública y de las buenas costumbres. Asistir á la Sierra en un día de in-

placeres imprime á las vecinas alturas, de ordinario silenciosas y solitarias.

La Sociedad «Peñalara», que cuenta con elementos tan valiosos como Bernaldo de Quirós, Zubala, Meliá, Victory, Trigo, Segovia, etc., ha contribuido eficazmente á la difusión del alpinismo. Con una tenacidad grande y venciendo muchas dificultades, acaba de construir y de inaugurar un refugio, precioso baluarte para los excursionistas, en la Pedriza del Manzanares. Y la última gallarda prueba de su vitalidad nos la ha ofrecido estos días en el Ateneo con su notable Exposición de fotografías. Contemplar las obras de arte de esta Exposición equivale á una cómoda visita á los Picos de Europa, á la Sierra de Gredos, al Teide, á Sierra Nevada, etc., á cuanto de pintoresco, de admirable y de hermoso tiene España en sus cordilleras. Ante una demostración tan artística de las ventajas del alpinismo, muchas gentes adocenadas de tertulia de café y tranvía habrán sentido el espoleamiento de visitar la Sierra del Guadarrama en busca de elasticidad para los músculos, de aire puro para los pulmones y de nobles ideas para el pensamiento.

VICENTE ALMELA

LA ESFERA

MONUMENTOS ESPAÑOLES



DETALLE DEL CUERPO ALTO DE LA CATEDRAL DE ZAMORA

FOT. SOL

La catedral de Zamora fué construida en la primera mitad del siglo XII y el estilo de su arquitectura es románico puro, como puede apreciarse en la fotografía que publicamos en esta plana. Esta hermosa catedral zamorana es una de las más importantes de España, tanto por su gran valor arqueológico como por las numerosas y valiosísimas joyas que posee.

LA ESFERA

BELLEZAS DEL GRAN MUNDO



MADELEINE BORY DE DROSSNER

Distinguida dama parisina, que llama la atención
en los centros aristocráticos de Barcelona por su
belleza y su elegancia

FOT. ACEÑAS

NUESTRAS VISITAS

EMILIO THUILLIER

Muy mona; con mucho gusto la casa...—
elogié.

—¡Bah!... Ya nada... Tengo lo que quisieron dejarme... Si usted hubiese visto la casa que tenía yo allá en la calle... en la calle... ¿En qué calle, tú?...

El hijo de Thuillier acudió en auxilio de la memoria de su padre.

—En la calle de Montesquínza...

Emilio continuó:

—Estos mueblecitos son las migajas... Lo demás se lo llevó el Diablo...

—Entonces ¿vive usted solo?...—pregunté.

—Vivimos los dos solitos, acompañados por una *beldad* de sesenta años que es la que nos guisa, nos limpia la casa y nos cuida la ropa... Este disfruta más de la casita que yo, pues está más tiempo en ella... Yo apenas paro; lo necesario para dormir. Es muy triste, muy triste de verdad esta situación que, por un error definitivo, me he creado... Yo era feliz... Tal vez el hombre más feliz del mundo...

—¿Hasta que se casó usted?...

—Hasta poco después.

—¿Se casó usted por amor?...

—No sé; por lo menos me casé ilusionado con las seguridades de una vida tranquila, que fuese como un descanso espiritual en mi ajetreo de hombre libre y mimado. ¡Estaba escrito!...

Y Emilio hizo un gesto de agobio y de resignación desesperada.

—Ella, ¿era rica?...—le pregunté.

—¡Oh!, eso dijeron... Pero fué una patraña. Yo sabía perfectamente que no me casaba con una mujer rica... ¡Bah! Si yo hubiese pensado en ésto, tuve mil ocasiones antes; pero no era dinero lo que yo quería. ¡No! Me casé porque desde la muerte de mi madre, éste y yo estába-

mos solos; no teníamos el calor de la familia. Esto es un poco triste. Yo necesitaba una mujer, una casa, constituir un hogar... ¡Todo para estar ahora mucho peor que antes!...

—¿Y es que no congeniaban ustedes?...

—¿Cómo?... No era posible. Cuando regresé de mi temporada por América, sediento del refugio de mi casa, me encontré con la desagradable sorpresa de que mi mujer había hecho, en menos de un año, deudas á mi nombre—como es natural—que importaban cerca de treinta mil duros... ¿Usted comprende esta locura?... Sólo á Madame Petit, en sombreros de una temporada, seis mil pesetas... De ropa blanca doce mil... ¡Y así todo!... ¡Espectaculoso!... Y yo, que le juro á usted que venía siendo un casado modelo, me encontré de la noche á la mañana arruinado y con mi vida hecha trizas... ¿Es ésto justo?...

El gesto del gran actor era triste, profundamente triste; su voz estaba transida de esa amargura desesperada que llena toda el alma ante los desastres irremediables. Sus ojos brillaban profundamente.

El hijo escuchaba en absoluto silencio, impasible, sin hacer un gesto.

Estábamos en el comedor, de sobre-mesa, después de una agradable comida, á la cual me había invitado Thuillier. Por encima de los visillos del balcón, se veían los tejados vecinos cubiertos de nieve.

—¿Su padre de usted era artista también, Emilio?...—le pregunté.

—No, señor. Era ingeniero de minas allá en Málaga, que es donde yo naci. Por eso también he querido que mi hijo sea ingeniero.

—¿Cuándo y cómo nació en usted la vocación por el teatro?

—A la muerte de mi padre; porque si en vida de él se me ocurrió tal cosa, me hubiese desengañado dándome un disgusto serio... Claro, mi madre, esa viejecica cuyo retrato tengo á la cabecera de mi cama, por no disgustarme, no me desalentó en mis ilusiones teatrales.

—¿Cómo se le manifestaron?

—¡Qué sé yo! Me escapaba de casa y me gastaba todo el dinero que tenía en el teatro y luego volvía declamando á voz en grito. ¡Cosas de chico!

—¿Estudiaba usted al mismo tiempo alguna carrera?

—Sí, señor. Yo tengo la carrera de perito mercantil terminada.

Hizo una pausa durante la cual encendimos los habanos; después, con una entonación de voz fría, campanuda, emanó el pasado con un gesto de satisfacción:

—El que me emborrachó de teatro fué Vico. ¡Oh, Vico! La primera obra



CAMARA-FOTO

que le vi hacer fué *Locura ó Santidad* y me entusiasmó extraordinariamente. Aquella noche me entró la fiebre, el vértigo de ser cómico. No hallando nada que torciera mis decididas inclinaciones, vine al Conservatorio de Madrid con muy buena fe, creyendo que aquí se aprende algo. ¡Y perdí el tiempo! Eran profesores Doña Teodora Lamadrid, D. Mariano Fernández y D. Antonio Vico. Claro que no los veíamos nunca; hasta el punto que, después de haber sido yo más de un año discípulo de Vico, una noche me presentaron á él en la Comedia. «Tengo oído que es usted un muchacho muy listo»—me dijo—. Y yo le contesté: «D. Antonio, usted ha sido profesor mío en el Conservatorio más de un año». ¡Y no me conocía siquiera! Fígúrese usted.

—¿En dónde y cuándo fué la primera vez que salió usted á escena?

—En el teatro de Novedades. Haciendo *La taberna*, de Pina Domínguez. Un arreglo de *L'Assommoir* de Zola. En Novedades estuve media temporada; después marché con Tamayo por provincias, y al año siguiente vine contratado á la Comedia con Vico y más tarde con Mario y Cepillo. Por ahí dicen que yo he sido el discípulo más identificado de Mario. Esto es una fantasía. Mi maestro era Cepillo, por el que sentía una admiración extraordinaria.

—¿En qué obra obtuvo usted el primer entorchado?

—*Realidad*, de Galdós, fué mi paso decisivo, y después de *Realidad*, *Mariana, Juan José* y otras más.

—¿Con cuál actriz ha trabajado usted más á gusto?

—Con Rosario Pino. A pesar de que estamos regañados, yo tengo que reconocer que era mi complemento y yo el de ella. Hacíamos una gran pareja.

—Luego, entonces, ¿es á la actriz que más admira usted?

—No; también admiro á la Guerrero. Y de las damitas que descuellan ahora, me gusta más que ninguna la Bárcena; yo creo que es la heredera de Rosario Pino.

—Y sobre la Xirgu, ¿qué opina usted? Emilio hizo un gesto de desagrado.

—¡Qué sé yo!—murmuró—. Es tan violento que yo le diga á usted mi opinión sobre esa dama...

Y, escamoteando la respuesta, prosiguió:

—Mire usted; Matilde Moreno, como compañera, es un ángel, es una mujer ideal. Yo la quería mucho.

—¿En qué teatro ha trabajado usted con más gusto desde que es actor?

—¡Oh! ¡En la Comedia! Ese es mi teatro. Allí están todos mis mejores recuerdos. Sobre su escenario tuve mis primeros triunfos. Allí pasé días felices. Por ésto no le extrañará á usted que el día que se quemó llorase... Y lloré tan amargamente como si se me hubiera muerto un hijo. ¡Qué lástima de teatro!...

—¿Cuál es el día más feliz que ha tenido usted en su carrera artística?

Contestó rápido, como si la respuesta estuviera á flor de los labios.

—El día del estreno de *La ciudad alegre*. ¡Qué sé yo por qué! Tenía puesto en esta obra todo mi amor propio. Yo le estrené á Jacinto Benavente la primera comedia que de él se representó: *El nido ajeno*.

—¿Y la amargura más grande de su vida artística?

—La noche en que se estrenaron *Los Condenados*, de Galdós. Le juro á usted que pasé entonces el rato más espantoso de mi vida. Aquella noche, ¡hasta eché sangre por la boca!

—Pero ¿fue un fracaso tan grande?

—Horrendo. Desconsiderado. De temblar hasta el apuntador. Ya, afortunadamente, no llega el público á estos extremos. Ha comprendido que para echar una obra al foso, no es preciso patear. Basta con no aplaudir.

—¿Cuál es su obra preferida?

Meditó un segundo.

—Yo no soy actor que tenga una obra marcada ni mi preferencia sea resuelta por tal ó cual comedia. No. Ahora, últimamente, hago con más gusto *La ciudad alegre y confiada* y *Los intereses creados*.

—¿Cómo fué separarse de la Guerrero y Mendoza?

—Porque, en realidad, no había trabajo para mí. Fernando tiene una afición loca, no descansaba jamás, y claro, no quedaban papeles que repartirme. Esto no me convenía, como usted comprenderá, ni armonizaba con mis aspiraciones artísticas, y un día se lo dije á Mendoza. «Mire usted, Fernando, yo me voy, porque no hago nada; me paso temporadas sin casi salir á escena, y con ésto no están conformes ni mi delicadeza ni mi interés artístico». Fernando, que

es un hombre muy delicado, se resistió; pero, al fin, tuvo que comprender la razón que yo tenía. Y eso es todo.

—¿Pues, si por ahí se ha dicho que fué porque no le quiso á usted repartir el buen cura de *La garra*, á pesar de que el papel fué hecho para usted?

—En efecto; yo, en *La garra*, no hice nada; pero éste no fué el motivo. Créame: fué lo que le dijeron. No quedaba hueco para mí. Y, como es lógico, no me convenía estar sin trabajar, por muy considerado que estuviese, que sí lo estaba.

—¿Usted será uno de los actores que más dinero lleva ganado?

—Muchísimo, sí, señor, muchísimo.

—¿Cuánto?—inquirió.

—Tal vez más de un millón de pesetas. Pero todo me lo he gastado. Ahora vivo y igracias! Para ahorrar dinero en el teatro es preciso ser empresario. Yo hice una *tournée* con Rosario Pino por América y entraba á montones el oro por la taquilla.

—¿Cuándo estudia usted sus papeles?

—De madrugada.

—¿Le cuesta á usted mucho trabajo el aprenderse un papel?

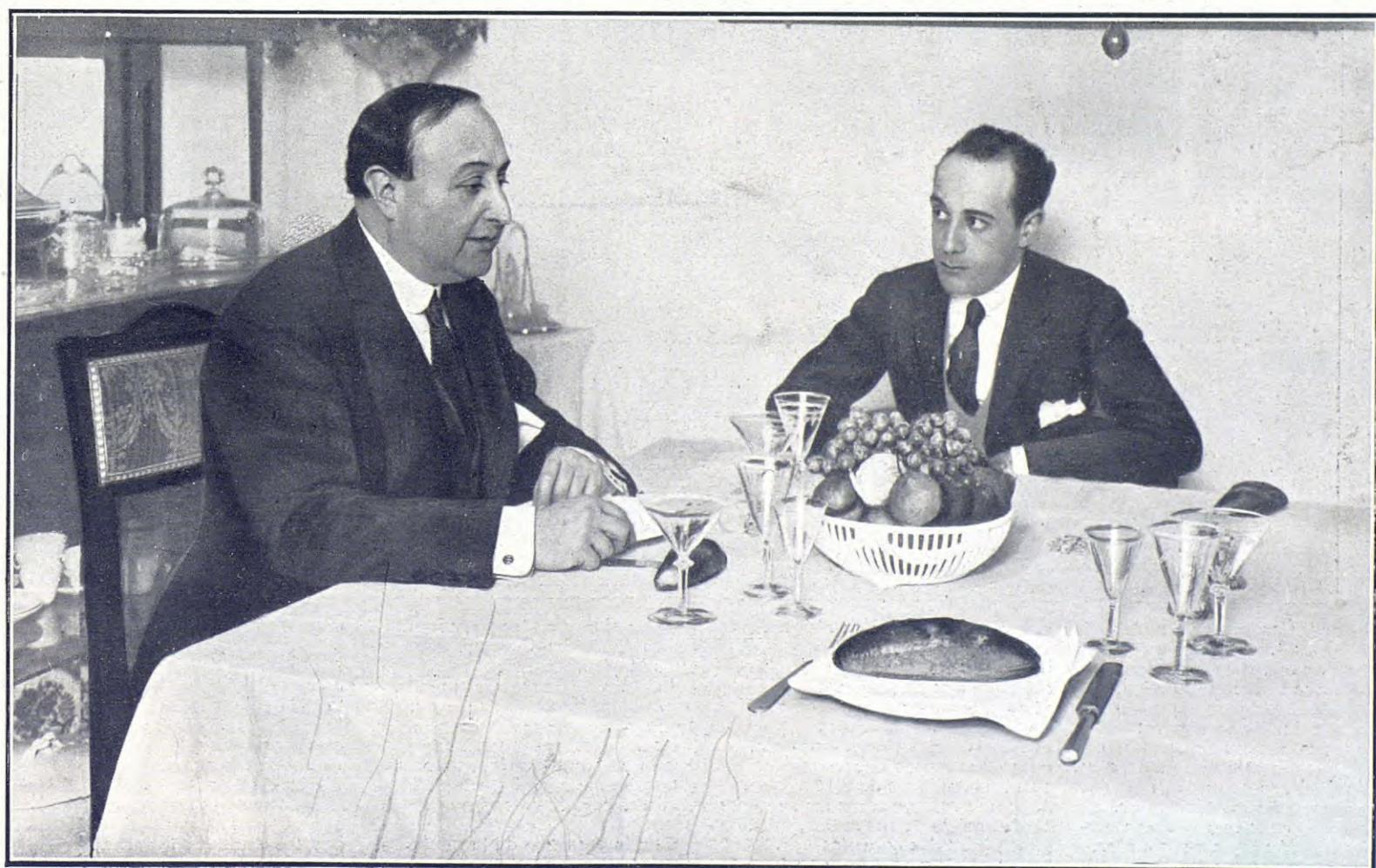
—No. Algunos se me resisten un poco. Pero yo soy un grandísimo obstinado y tengo mucha memoria.

—¿Le emocionan á usted los estrenos?

—Según de quien sea y según el momento. De todas maneras yo soy muy nervioso. Extremadamente nervioso. A propósito de mis nervios, recuerdo una anécdota. No sé por qué motivo, tuve en una ocasión que hacer *La canción de la Lola*. Bueno; y yo, para cantar, soy una nulidad absoluta. Llegó el momento de cantar y se apoderó de mí un orgasmo tal que no daba ni un sonido. Pero lo más gracioso es que yo me oía cantar, y claro, accionaba como si falteme me oyera el público, que se reía y se reía creyendo que aquella mimica era una argucia mía para salir airoso del paso. Cuando me dijeron que no había articulado ni palabra, quedé sorprendido, pues yo me había sentido cantar como el primer tenor.

Y Thuillier reía con la expresión bobalicona que le dan sus mosfletes bien pujados.

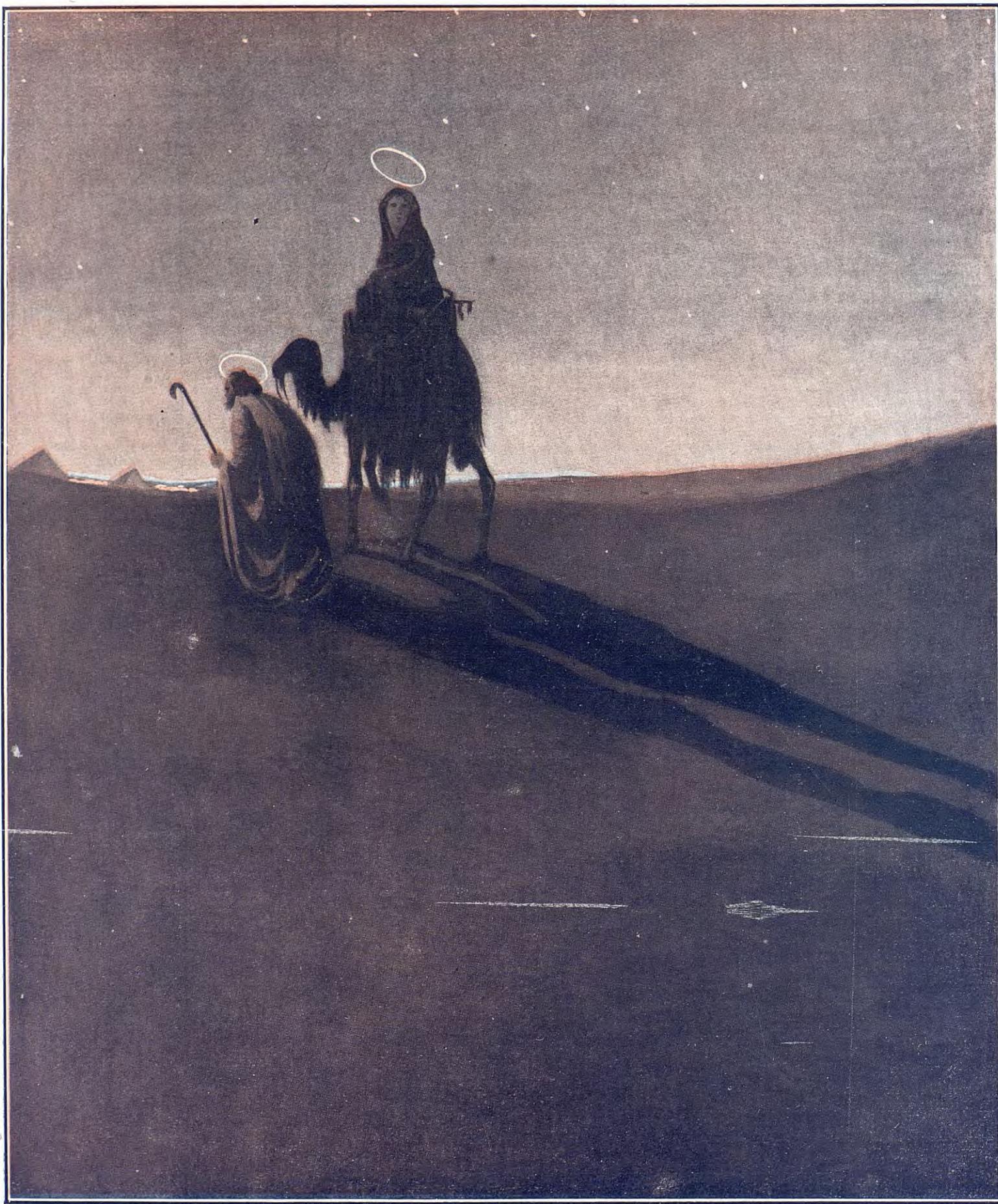
EL CABALLERO AUDAZ



Emilio Thuillier, con su hijo, en el comedor de su casa

FOTS. CABALLERO

CAMINO DE EGIPTO



Por las arenas calcinadas
pasa María, como un astro.
Toda de luz, deja en la tierra
la blanca huella de su paso.
El Niño-Dios gace dormido
en el calor de su regazo,
con los cabellos como el oro
y el cuerpo virgen de alabastro.
Es el Esposo quien la guía
por los desiertos ignorados,
mientras callada y harmoniosa
una oración fluye á sus labios.
En las alturas, las estrellas
tienen reflejos plateados,
y va meciéndose la luna

como una góndola en el lago.
Tiene el desierto misterioso
una quietud de tumba y claustro,
sin clara risa de fontanas
ni murmurar de arroyos claros.
En los desiertos arenales
brillan los ojos de un leopardo,
como dos brasas encendidas,
con resplandores de relámpago.
Abre una esfinge entre las sombras
la risa muda de sus labios,
y las pirámides augustas
miran al cielo azul cobalto.
Ruge un león y se agazapa
como un lebrel humilde y manso,

y canta el aire en las palmeras
llenas de dátiles dorados.
Pasa María... Los fulgores
del cielo azul lleva en el manto,
como el marfil brilla su frente,
como un rosal tiemblan sus labios.
Y ve á lo lejos un fantasma
que la persigue sin descanso
y busca el cuerpo del Dios-Niño
con una espada entre las manos.

■■■
Bajo la escarcha de la noche
y entre las pajas de un establo
nació Jesús por redimirnos,
nació Jesús para salvarnos.

Como un lucero, su sonrisa
toda caricias y regalos,
rasgó de un golpe las tinieblas
en que yacían los humanos.
Los siglos pasan... Como Herodes,
los hombres de hoy siguen su rastro
con una espada vengadora
que alumbría al mundo con sus rayos.
Sobre las tierras humeantes
Dios, que es la Paz, es ultrajado.
Y una vez más pasa María
por los desiertos ignorados.

José MONTERO

DIBUJO DE CEREZO VALLEJO

CUENTOS ESPAÑOLES



DESDE el café le vimos pasar por la calle de Alcalá. Me sorprendió su ensimismamiento, el descuido bohemio de su vestir. Nuestro amigo Ricardo aseguró que estaba «hecho cisco». Y he aquí su historia, impertinente como la juventud, cómica y triste como la vida.

Nuestra excusa era tener veinte años. Los teníamos, es verdad, con alguna petulancia. En aquella lejana provincia, de cuyo nombre no es preciso acordarme, éramos hasta tres foragidos congregados para discutir y romantizar. No teníamos pipa ni melenas, pero el bohemianismo estaba adentro. Es decir, que escribíamos versos semejantes á los de padres y abuelos cuando eran, como nosotros, jóvenes sentimentales y holgazanes. Versos nada revolucionarios, con las mismas quejas de todas las mocedades y de todos los siglos, injustas y calumniosas en puridad, puesto que nuestro rencor al Destino se reducía á que alguna tarde no saliera al balcón aquella chica morena á hacernos signos desesperados con los dedos.

Ya nos quejábamos con Verlaine en un francés dudosos, meridional, pero ferviente. Y aquel libro de rimas castellanas cayó sobre nosotros como un estrago. Lo había hallado Luis Roldán en una tienda de antigüedades, sin cubierta y con una dedicatoria á medio borrar. Desde las primeras cadencias comprendimos que este Orfeo nos encadenaba. Nunca escucháramos más gentiles improperios á la luna. Era precisamente el momento en que esta pálida hechicera andaba en lenguas. Nos bebimos una dorada de honor, pálidos, aterrados divinamente. Repartimos el volumen en tres pedazos. El mío comprendía el final, los más acerbos clamores á la «Selene armónica, la noc-

támbula, la maga y la Verónica». Y no leímos más en aquel día.

Pero desde entonces, en el bolsillo de la americana—de las tres americanas—el poema agregaba un lazo más á nuestras juventudes fraternales. Cada cual repetía las páginas que obtuvo en el reparto. Fué el sésamo, la consigna espiritual y la obsesión de nuestros vecinos de mesa. Éramos felices. Teníamos veinte años y habíamos descubierto á un poeta.

Pero el poeta era autor de tres volúmenes más. Era urgente leerlos y muy escaso nuestro peculio. Además, hubiéramos deseado aquella dedicatoria que truncara el vendedor en el nuestro. ¿Pedírselos al autor? Nos lo propuso Luis Roldán, mas no sabíamos entonces que en Madrid es una generosidad, casi un favor, reclamarle sus obras á un literato. Imaginamos que Jacinto Riscal, nuestro poeta, echaría la carta al cesto. Y fué el más travieso de los tres, ese excelente Gregorio, quien acertó con la solución mejor, la única... Su hermana adoptara en el colegio la linda caligrafía envarada que les enseñan las madres, y, por lo demás, él mismo la imitaba á maravilla... Recuerdo que compramos un papel de cartas rosa y lo perfumamos discretamente á provincia elegante. Lo más difícil era el texto. Por entonces sólo habíamos recibido epístolas de mala ortografía que imploraban en la postdata lo indispensable para sacar de la peña el mantón de las verbenas. Pero éramos poetas: desleímos en prosa algunos romanticismos y la carta fué firmada: «Su ferviente admiradora, Rosario Paz».

¡Un éxito aquel, de envanecer! A los ocho días recibimos, encuadradas con primor, las obras del poeta. La carta, breve y fina, agradecía el pedido á la admiradora. Respondimos. Respondió. Y comenzó entonces un tiroteo de cum-

plidos que se fueron haciendo tiernos, que se fueron tornando en confidencias. Supimos sus hábitos, sus penas. Inicuamente nos ingeríamos en su vida, desvalijábamos su corazón, saqueábamos su alma; todo sin escrúpulo, encantados del *timo*. Luego llegó el libro con la dedicatoria impresa: «A Rosario, Jacinto.» Vino con una carta íntima, en donde anunciable un viaje próximo á la provincia, y «si la ocasión se presentaba, tendría el honor...» Nos aterraron. En la vacilación, tardó nuestra respuesta quince días. Nueva carta: «Respetada señorita. He comprendido. Perdone usted si la petulante imaginación creyó posible un alero para mis penas vagabundas.» Todo era así. Perdonamos. Y continuaron las cartas arrulladoras. Como imitábamos con descaro á nuestro poeta, pronto hubo sonetos y elegías que enviarle, en letra femenina, por supuesto. No sé si vimos que un amor hondo amagaba, no sé si tuvimos remordimientos. La última carta decía que el amor de su vida fué un torpe engaño, y desde entonces buscaba á la Hermana Ideal. Era indicarle la vacan-
cia de su corazón. La tuteaba ya.

Matamos entonces á Rosario, de tisis, claro está. Y fingiéndose albacea de la muerta, envió Luis—todavía me avergüenzo—unos claveles marichitos, cabellos rubios y algunas estrofas de Rosario sin terminar, que confesaban el amor... Una iniquidad que nos sirvió largo rato de pasatiempo. Somos así, feroces, cuando no hemos sufrido aún... Yo conservaba las cartas y los libros; cartas lánguidas, adorables, que nos contagiaban su pena confusa, inmotivada. Llegamos á sentir sinceramente que no fuera verdad tanta belleza. Hubiéramos inventado de buena gana una Rosario para dársela, y prestamos los libros á las chicas por si alguna se prendaba de tan gentil amador. Pasaron años, pasaron melancolías. Mis dos ami-

gos y yo nos limitamos á la prosa de la vida. Pero al venir á Madrid traté enseguida de conocer á nuestro poeta. *Nuestro* en verdad. El no podía saber de cuántas horas sentimentales fué el culpable y en cuantas cartas nuestras había colaborado sin quererlo. Le hallé encanecido, áspero en su trato y reservado. Tenía su leyenda, linda y perfecta ya, como la de Espronceda y la de Byron. Andaba por las calles con esa gravedad importante de soñador en quien el destino se ha cebado. No dejaba dudar á nadie sobre esta predestinación de dolor que es la aristocracia de los poetas. Nunca me contó intimidades, y yo sentía el deseo travieso de que lo hiciera. Y os juro que mi maldad de esa noche lunática fué sólo una bocanada de juventud...

Pero vamos despacio. El vivía en Rosales, sólo con una criada y sus pensamientos. Después de cenar aquella noche, subimos á la terraza. ¡La más fosforescente, impúdica luna! De allí veímos á la fronda del parque subir y destrozarse con flecos de ola hasta la ribera lunar. Un grillo y una estrella titilaban el mismo acorde, que era aquí nota, allí luz. Caramba, esa maléfica embriaguez que va subiendo con la humedad de los parques nocturnos, ese «sueño de verano» que, desde Shakespeare hasta hoy es invencible bochorno. Yo les atribuyo además la culpa á la *chartreuse* y al vegero. Como en sueños escuché aquellos versos, los últimos que escribiera *mi* poeta. Desde entonces creo que los poetas pueden abolir el tiempo, pues me figuré estar otra vez

jovial y lírico, en el café de mi provincia. Y súbitamente, con el amplio gesto de ir á coger la luna, me adelanté á murmurar:

*Crujiente noche de estío,
pálido incienso que subes,
como un vagoroso río,
desde la tierra á las nubes.*

Se irguió en vilo, vino á mí, interrogante. ¿Dónde había leído esos versos? Me encogí de hombros:

—No sé, en algún almanaque. Por lo demás, detestables.

—¿Cómo detestables?

—Digamos mediocres, si usted quiere. Lánguidos, quejumbrosos; al cabo, versos de señorita.

Jacinto Riscal, con voz cambiada y severa, murmuró.

—La queja más sentida, más profunda que una mujer...

Le interrumpí. ¿Era en serio? Confieso mi celofrío de vanidad cuando tan alto maestro me los alabó cumplidamente. Pero mi insistencia en denigrarlos hizo al cabo agresiva su sonrisa.

—Permítame usted—me dijo—que en achaques de poesía crea entender...

—¿Más que yo? Pues precisamente me excusará que en este caso tenga una opinión autorizada... y modesta.

—¿Modesta?

—¡Toma! ¡Puesto que son míos!

Estaba disparada la bomba. Me miró de arriba abajo con desdén:

—Si es broma, puede pasar.

¡Broma! ¡Se me negaba la paternidad! ¿No tengo facha de poder escribir renglones cortos? Me sublevé.

—Recuerde, D. Jacinto—dije, ya malvado—, aquella carta que comenzaba: «Sólo tú, Rosario, podrías ser la paz que adivino en tu nombre. En esta triste y giróvaga sucesión de horas vulgares, tú serías el minuto eternamente único, la estatua que no muda en la alameda otoñal de mi juventud. ¡Oh, Madona de mi hornacina abandonada, perdona si interrumpo la triste costumbre de soñar á solas y clamo á ti de lo profundo porque vi tu alma gemela en la desolada soledad de tus versos!...»

Hubiera declamado toda la carta de memoria; pero D. Jacinto me estrujó el brazo.

—¿Dónde ha leído eso?

—¡Leído! Casi todo ese lirismo me pertenece.

Hubo que contarle á este hombre empecinado los orígenes, la carta escrita en letra de mujer, toda la burla, para que se convenciera y me dejara. Sólo entonces, al ver agobiado á mi maestro, sentí el acerbo remordimiento de haber deshecho la mejor ilusión de su vida. Después leí que estaba neurasténico, después no ha publicado nada... No hay burlas con el amor. ¡Pobre poeta!

VENTURA GARCIA CALDERON

DIBUJO DE VARELA DE SEIJAS

ARTE FLAMENCO



LA ADORACIÓN DE LOS REYES
Cuadro de Jacobo Van Es.—(Propiedad de D. Miguel Ulloa)

LA ESFERA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



Hermoso retablo de San Ildefonso, obra de Juan de Valmaseda, existente en la Catedral de Palencia

FOT. LUIS R. ALONSO

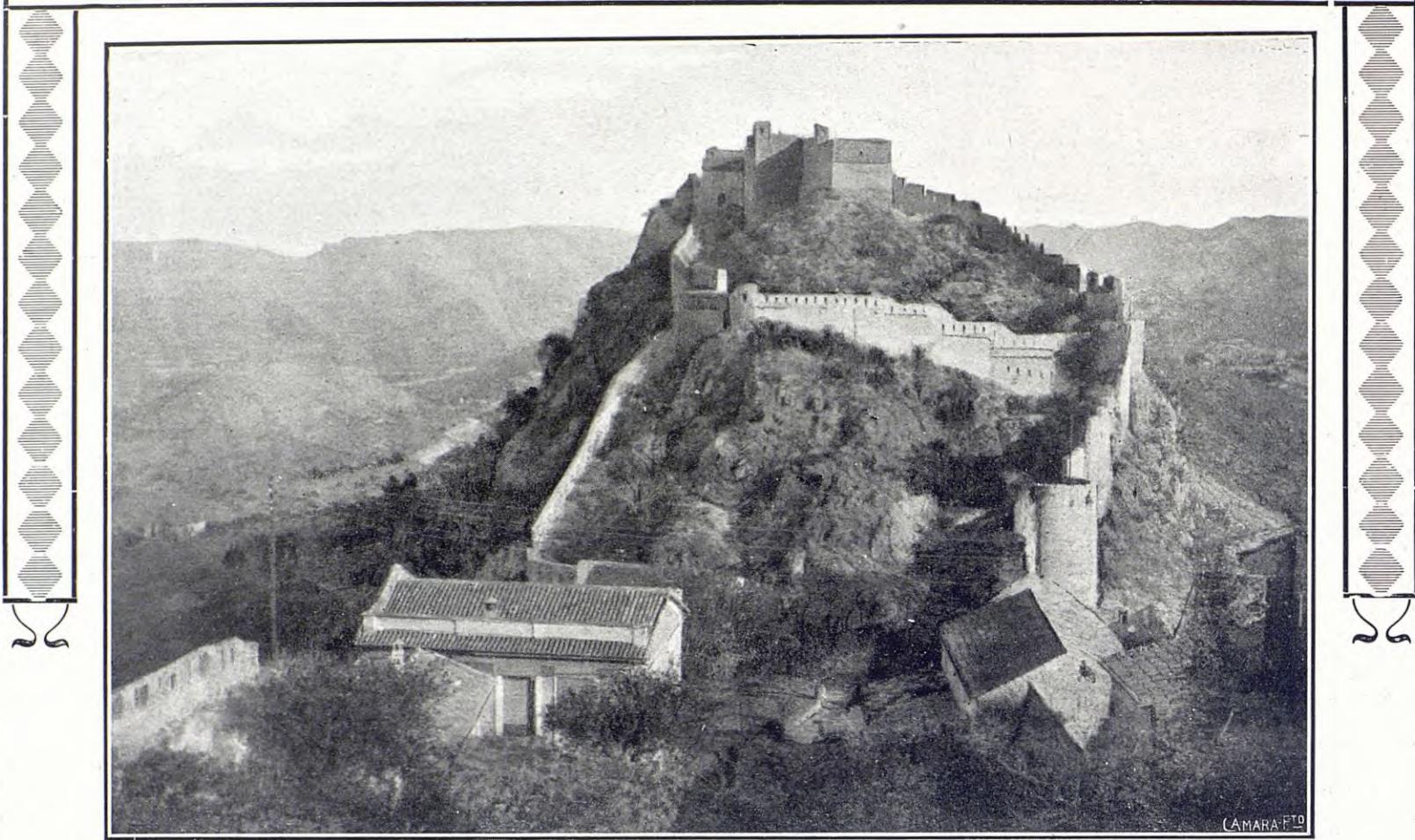
CÁMARA F.D.

ESCENAS DE LA GUERRA



LLEGADA DE UN TREN DE "PERMISIONARIOS" A LA ESTACIÓN VICTORIA, DE LONDRES, CON MOTIVO DE LAS FIESTAS DE NAVIDAD
Dibujo de Matania

EN EL CASTILLO DE JÁTIVA



Vista interior del castillo de Játiva

NUEVE años eran ya transcurridos desde que el duque de Calabria había sido encerrado en el castillo de Xátiva. La torre del homenaje, que le servía de prisión, componíase entonces de varias espaciosas habitaciones, en parte superpuestas, y desde la mayor de ellas, donde Monseñor hacía estancia de diario, oteaba la deliciosa vega setabiana, que extiende más de una legua la primorosa alfombra de sus variados cultivos. Las lejanas sierras que la circundan interrumpen hacia Levante, y atravesando el boquete puede dilatarse la mirada por la huerta de Valencia, á la cual pone límite el mar, cuya pinelada azul borra la separación de la tierra con el cielo.

Tanta grandeza señorea el castillo de Xátiva, dentro del cual marchitábase entonces la juventud de Fernando de Aragón, pretendiente al trono de Nápoles!

Nada podía distraer, ni menos alegrar, al Duque. Había comprado recientemente, y en la misma Xátiva una esclava morisca de sin par belleza. Abiba era un prodigo de hermosura y de

gracia; pero separada de los suyos y sepultada en la prisión con su señor, mal hubiera podido comunicar á éste el contento que ella no tenía. Abiba, sin embargo, procuraba ser agradable al Duque.

Hallábase encargado de la custodia del prisionero y del castillo, En Gil de Ateca, quien se entendía directamente con el César Carlos V en los asuntos que á Monseñor se referían.

Era una mañana abrileña del año de gracia de 1521. Culminaba el sol, y desde su altura vertía á torrentes la luz sobre la vega.

En la gran sala hallábase el Duque indolentemente reclinado en un poyete que, revestido de mullida alfombra, no lejos de la ventana se aparcía. A los pies del melancólico cautivo estaba su favorita.

Abiba levantó sus ojos hasta el Duque, y con voz que parecía arrancada á un salterio, le dijo compasiva y amorosamente.

—Os dejáis vencer, Monseñor, con demasiada frecuencia por el espíritu del hastío. ¿Queréis que

yo le adormezca? ¿Deseáis oír la canción del Desierto? Su divina harmonía alegrará vuestra alma.

—Huyó de mí la alegría para no volver, dulce Abiba. Yo agradezco lo que te esfuerzas por distraerme.

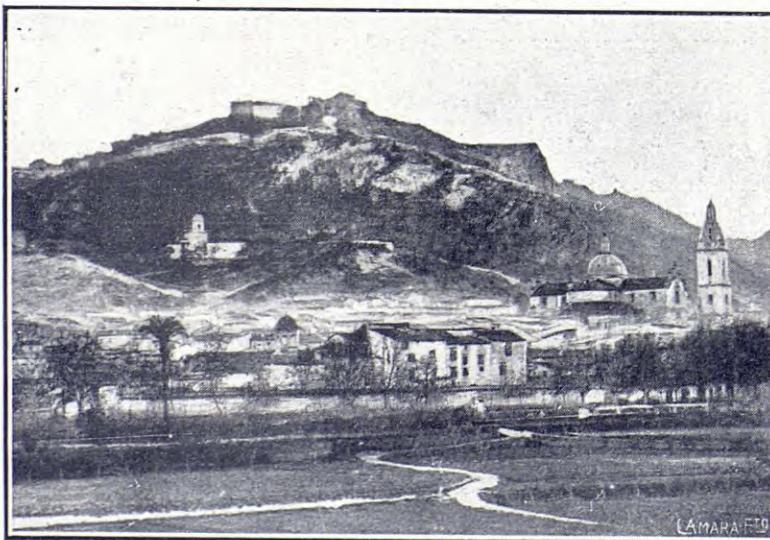
—Las aguas aprisionadas en los ríos de más largo curso—replicóle ella—encuentran, al fin, la libertad del mar. Los infortunios más grandes hallan su término. Tu recobrarás la libertad, príncipe...

—¡Siempre así! ¡Siempre así!—respondió como un eco la voz desmayada del Duque.

—Y entonces—prosiguió la esclava, volviendo á su señor la cara y mirando amorosa al prisionero—, cuando seas libre y te veas restituído en tu jerarquía...

Callóse Abiba y pareció escuchar. Mas el Duque, que se había incorporado en su asiento, y mostrando gran curiosidad en la mirada contemplaba á la morisca, le dijo anheloso:

—¡Acaba! ¿Qué sucedería entonces?



Játiva vista desde la linea férrea



Arrozales y cerro del Puig, en Játiva

LA ESFERA

La esclava, con un cielo de amor en los ojos, prosiguió insinuante :

—Entonces, la pobre Abiba, abandonada por su alteza...

Un golpe dado en la puerta le cortó la frase. Irguióse la esclava y previo el mandato del prisionero, abrió la puerta. Bajo el dintel apareció entonces la borrosa figura de En Gil de Ateca.

—¡El espía! —murmuró Abiba.

—¿Quéquieres de mí? —interrogó el Duque.

—Vuestra venia, señor —replicóle el recién llegado —, para hablaros de un asunto interesante y secreto.

Con muestras de malhumor, y dirigiéndose á su esclava, le dijo el prisionero :

—¡Déjanos, Abiba!

Ya fuera de la estancia la morisca, avanzó En Gil de Ateca, después de cerrar la puerta, y con apariencia de gran respeto, quedó inclinado ante el Duque, en espera de que éste le autorizara para hablar.

○○○

Ha transcurrido una semana desde la conferencia del prisionero con Ateca. Nadie pudo escuchar aquella, mas podemos inducir lo que ambos trataron de los sucesos que más tarde sobrevinieron.

Muy revueltas andaban las cosas del mundo por aquel entonces, y en las Germanías del Reino se hacía patente el disgusto contra el Emperador Carlos. La de Valencia, después de aguardar en vano respuesta á las quejas elevadas á la Majestad del César, declarábase en abierta rebeldía contra su virrey. Pronto los de Xátiva se unieron á sus hermanos los de la capital, y pocas horas antes del momento en que reanudamos el relato, á la del alba, presentáronse ante la poterna del castillo los emissarios de los Trece de Valencia y de los Seis de Xátiva, pretendiendo hablar al Duque.

Obtenido el permiso, que muy á su pesar confirmó Ateca, con la expresa condición de hallarse presente en la conferencia, penetraron en el castillo, primero, y en la torre del homenaje, después, los enviados de las Germanías valencianas, y ante el cautivo expusieron el motivo de su embajada. Al concluir esta exposición, y desentendiéndose de la presencia del carcelero, hubieron de ofrecer á S. A. la libertad y ayuda en sus pretensiones al trono de Nápoles si consentía en ponerse al frente del movimiento sedicioso.

Protestó En Gil, y sólo cedió en sus protestas ante la amenaza de los embajadores de arrojarle por el adarve de la torre abajo, amenaza que llevaban trazas de hacer efectiva. Pero, sublevada Xátiva, la seguridad del castillo era sólo aparente. Fingió, pues, aunque mostrando recelo, que

sol no podía molestarlos con sus rayos. Se hundía lentamente el astro tras los montes de Enguera, haciendo al morir que nacieran otros soles.

Abiba lanzó un tenue suspiro, y volviéndose al Duque le dijo :

—El mayor poder se abate, príncipe. La gloria más resplandeciente llega á su ocaso. Tu enemigo, el César, quizá lo alcance pronto también. Y entonces...

—Tú recobrarás la libertad, te lo prometo. Y la que fué dulce compañera de mi infortunio podrá irse con los suyos, podrá llegar á ese delicioso Bernisa, cuyos árboles mal nos ocultan las casas de recreo moriscas, y mi Abiba será feliz...

—Yo soy tu esclava —replicóle ésta —. Si el amor de la princesa que entonces comparta contigo el trono hace que me apartéis de vuestro lado, en las puertas de los palacios esperará que salgas, para gozar del brillo de esos ojos, y te seguirá por los caminos, para recrearse con el eco de tu voz, quien no desea la libertad estando cerca de ti.

—¿No me engañas, consuelo de mi alma? —respondióle el príncipe abrazándose con ella.

Aflojó el Duque la amorosa cadena, y con muestras de gran pesar, repuso :

—Tremendo dilema atormenta mi alma con dolor que nunca tuvo igual. Mi gratitud te abriría hoy mismo las puertas de la prisión, pero mi amor egoista me lo impide.

—Yo no quiero ya la libertad, adorado mío. Yo me hallo tan bien á tu lado como la madre junto á la cuna de su infante, como el árabe bajo la sombra de Bernisa.

Aún insistió el Duque, replicando :

—¿Y si este cautiverio no terminase cuando esperamos?

—Me ahorraría —dijo ella — emprender el agrio camino del olvido y del abandono.

—Pero, ¿de veras me amas? —exclamó Monseñor loco de pasión.

—Como se ama á la luz, como se ama al aire, como se ama al Paraíso —dijo ella, y le echó los brazos al cuello...

En el cielo se encendieron las luces del infinito. El prisionero aproximó sus labios á los de Abiba, y al par que se juntaban las bocas, rompía á cantar un ruiseñor que, más feliz, libremente enamoraba en las mohedas del castillo de Xátiva.

GONZALO REIG



Fuente gótica del siglo XVI, existente en Játiva

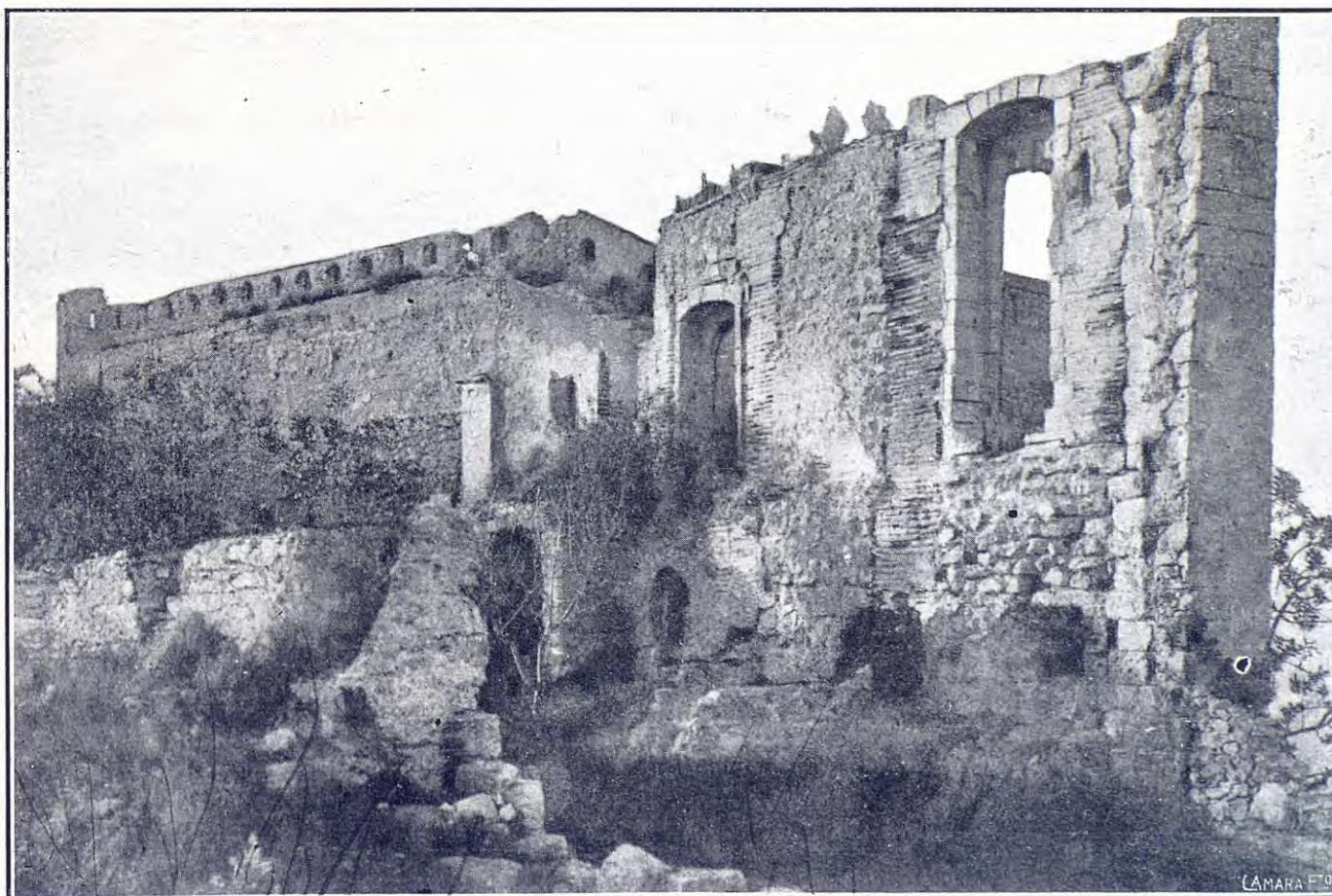
se avenía con lo propuesto, mientras aguardaba en silencio la respuesta del prisionero.

Pero éste acabó con sus recelos y con las esperanzas de los embajadores al asegurarles que, á pesar del mucho amor que tenía á Valencia y á Xátiva, por nada, sin embargo, haría traición al Emperador, faltando á la palabra que con él tenía empeñada.

Retiráronse desalentados los hermanos embajadores, y En Gil se propuso extremar las precauciones desde entonces con el prisionero y en la vigilancia del castillo.

○○○

Muy avanzada la tarde, hallábase S. A. con Abiba en la plataforma de la torre, cuando ya el



Ruinas del palacio del duque de Calabria, en Játiva

LA CAPA ROJA Y LA ESPADA HUMILDE



No disfraces, capa roja,
la tizona toledana
que jeringa se me antoja
y de miedo se sonroja
bajo tu vuelo de grana.
Bautizóla el suave Tajo
que, suspenso de alegría
y rindiéndola agasajo
junto á la Cava, distrajo
sus hervores aquel día,
y á Toledo dió cintura
llevando en su linfa obscura
la canción del espadero
que cantaba, la futura
tolerancia de su acero.
Si sus rufos gavilanes
son espanto de rufianes
temerosos de un rasguño,
solo causará desmanes
esa espada con su puño,
pues que, la hoja es tan discreta

y en su vaina va tan prieta,
que antes que el furor la saque
puede el colérico jaque
cambiar en anacoreta.
Gala fué de un segundón
y un traje de vellori
cuando hizo su aparición
con un rayo en su farón
sobre el oro del tahalí.
Mas, la luz de una hornacina
nunca la vió en desafío,
ni su hoja azul, tersa y fina
tomó la humedad dañina
por causa de un amorío.
Recatada y silenciosa
y esperando la gloriosa
ocasión de hacer su alarde,
del coleto de un cobarde
fué la compañera ociosa;
sirvió luego á un ministril
más avaro de su vara

que de su acero viril
y luego, al galán senil
que la proteje y ampara
con la capa quintañona
de púrpura cesarina
que resguarda su persona
del miedo que le traiciona,
y el frío que le asesina,
siempre esquivando cuestiones
con galanes atrevidos
y pérolidos rodrigones
de enfaldados cronicones,
compañeros desvaídos.
¡Oh, tizona toledana,
luce siempre tu denuedo
bajo esa capa de grana
que va ocultando liviana
caricatura del miedo!

LEOPOLDO LÓPEZ DE SAÁ
DIBUJO DE SANTOS SANZ

LAS QUE SUEÑAN Y ESPERAN

LA indiscreción de una pregunta me hizo conocer la actitud de usted, bella amiga, una actitud expresada en una sola palabra reveladora de un estado de alma. Es que el alma, bien á pesar de cuanto dicen los poetas, se asoma más á los labios que á los ojos, cuando á las palabras las inspira la sinceridad y las anima el sentimiento.

—Se acuerda usted? La ciudad se había ya dormido en las sombras invernales, arrullada por la monotonía de la lluvia, sin luz de estrellas, ni claror de luna, toda soledad y misterio. Usted veía, y yo también. A los dos nos tiranizaba en las altas horas la sentencia bíblica y teníamos que cumplirla como sumisos galeotes.

Yo trabajaba, solitario y adormecido, en una sala toda blanca, con blancura y silencio de hospital. El péndulo del reloj latía con su ritmo de corazón del Tiempo, cada vez más cansado y más débil, como si fuera agobiándole el pasar de las horas, que le acercaba al amanecer. El timbre del teléfono irrumpía alguna vez con su desacorde sonido. Y la voz de usted, amiga mía, llegaba á mis oídos desde lejos, con la misteriosa cadencia que tienen las palabras de una mujer que lleva el rostro velado por la seda de un antifaz. Aquel momento en que dos voces se cruzaban para animarse en la quietud de la noche, era como un remanso para las almas.

—¿Qué hace usted? —pregunté rápidamente indiscreto.

—Esperar.

Y cuando usted habló, su voz tenía una inflexión de melancólica ternura, de abnegada resignación, tal vez por mí fingida caprichosamente. Lo que sí es cierto es que la voz fué más débil y también fué triste, acaso porque siempre es muy triste saber que una mujer vive esperando y que lo dicen sus propios labios.

Yo pude figurarme que una mujer que espera tiene un nombre cálido, ardiente, sensual —Lola, Carmen, Soledad, Milagros—evocador de una calle solitaria plateada por la luna y una reja florida, con albahacas y claveles, como esas de las estampas andaluzas. A estas calles y á estas rejas llama siempre el Amor en guisa de mozo jaque y pinturero, y cuando el Amor fracasa, es porque tiene un episodio trágico y un fin bello. Pero la tristeza de la palabra —¡esperar!—y las lejanas inflexiones con que fué dicha, me hicieron pensar que una mujer que espera tiene un nombre pálido, otoñal, de azucena, y que se llama Margarita, Rosalinda, Beatriz, como esas princesas de leyenda medioeval ó como las heroínas fragantes de los cuentos valle-inclanescos. Estas espirituales mujeres tienen en el arte las trenzas rubias y los ojos azules, y esperan la llegada del amor en traza de galán caballero, de pavonadas armas y flotante cimera. Y cuando el monólogo solitario fracasa, porque el caballero se ha perdido á lo largo de los caminos y no llega, el idilio lejano tiene un fin melancólico, como una tarde envuelta en nieblas.

He aquí, bella amiga mía, por qué siendo usted morena y ardiente, con los ojos negros, símbolo de la pasión, como los de la amada de Adolfo Bécquer, yo me la había figurado rubia y lánguida como una virgen de ventanal gótic. ¡Cosas de la imaginación!

La mía ha visto un encaje de espuma donde había una reja mora, y ha cambiado unas violetas azules por un manojo de claveles sangrientos. Rectifico ahora con mucho gusto.

—Dónde estará el remedio de esas largas esperas de las mujeres? Si los sociólogos sirvieran para algo, este problema ya estaría resuelto. Yo sólo sé que por esos pueblos de Dios hay muchas jovencitas que aguardan, y para distraer su vida tienen que envolver las horas en un ensueño. El siglo es egoísta y el Amor se ha hecho financiero. Antes se llamaba pomposamente rey de las almas; pero como muchos hombres que todos conocemos, ha cambiado de casaca y ahora aspira á ser el rey del acero ó del carburo de calcio. Y los poetas ven el mal, pero no saben el remedio.

Una adorable lectora nuestra, que en fuerza de esperar ha aprendido á calcular y á hacer números, nos decía hace poco que la solución de este triste problema de las mujeres que viven y envejecen esperando, pudieran proporcionarla los padres de la tierra. La infeliz evocaba el recuerdo de Romaguera, de la condesa de Bornos, de la duquesa de Sevillano. ¡Si otros ricos quisieran! Con un legado caído como lluvia benéfica, el amor pondría en las ventanas un fajo de billetes del Banco y ya no habría tantas rejas olvidadas. Ahora los ricos suelen acordarse de los inútiles.

de los conventos, de los viejos que nada tienen, porque siempre fueron impiados para ellos la tierra y el sol. Pero bien claro lo decía esta lectora nuestra. ¿Qué culpa tienen ellas, las pobres mujeres que esperan, si viven en el mundo esperanzadas y tienen una florida juventud, unas manos blancas y unos ojos muy lindos?

Aquí queda estampada la «solución», mientras unas muchachitas gentiles como usted, bella amiga, siguen esperando sentadas. Entre tanto, bueno será que no desdenen el ensueño, si quieren ser momentáneamente felices, porque es bien sabido que no hay dicha mejor que la soñada. Y no hagan mucho caso de los sociólogos, gente grave y ruidosa que quiere arreglarlo todo y no arregla nada. Con los poetas se está mejor. ¡Palabra!

Y usted, amiga mía, que espera también, puede hacer propaganda de la idea de nuestra lectora. Esta adorada lectora que nos decía hace poco. «Si los señores de la tierra se acordasen de nosotras, ¡cuántas losas de los sueños desaparecidas! ¡Que Padrenuestros más bien rezados por el alma del millonario facedor de tantas venturas!» Amén.

SALVADOR MONSALUD

DIBUJO DE MEDINA VERA



BELLAS ARTES

COMO DIBUJABAN LOS MAESTROS

NADA tan interesante como seguir la personalidad de un artista en sus dibujos, sorprender los secretos de su temperamento en los bocetos. Por medio de sus apuntes y sus croquis se ensayan el pintor, el escultor y el arquitecto en la invención, en la definición sintética ó complicada que luego servirá para expresar su verdadero pensamiento respetando las reglas y armonías que hacen al arte tributario de la naturaleza.

Si los cuadros, las esculturas y las construcciones arquitectónicas significan la oferta pública, los dibujos de que surgieron todas estas obras son la confidencia íntima del artista, los diagramas de su trabajo y el reflejo gráfico de los movimientos de su imaginación. Por eso todas las épocas han conocido aficionados y curiosos de estas verdaderas reliquias del arte. Gracias á ellos han desafiado los siglos los dibujos de los grandes maestros, tan frágiles, tan entregados á su propia indefensión de labor preparatoria y fugitiva; pero que, sin embargo, habrá de ser perdurable. Hoy día se conservan en vitrinas, se ofrecen como joyas en los gabinetes de estampas de los Museos y Bibliotecas, lejos de las salas de cuadros y esculturas con su turbamulta de copistas y los paseos estúpidos de los indiferentes ó de los inconscientes curiosos. Todo es silencio y calma en estos gabinetes recónditos de los museos donde los dibujos de los antiguos maestros aguardan las manos temblorosas de respeto y las miradas caricias de emocionado entusiasmo...

Hemos reunido en estas páginas unos cuantos dibujos característicos. Sólo unos ligérissimos comentarios consiente el reducido espacio para acompañarlos. Sean éstos como la charla de los cortesanos de los Valois mien-

excepcionalmente energicos, hecho por Donatello para un proyecto de escultura, podríamos cimentar un extenso estudio acerca de la escultura italiana del siglo xv y de los precursores de Miguel Angel.

He aquí la serenidad majestuosa, la belleza reflexiva, de Leonardo de Vinci en este dibujo de su estatua á Francisco Sforza. No tiene los característicos párrafos complementarios, escritos de derecha á izquierda, con que el pensador ratificaba la obra del dibujante. Pero demuestra una vez más cómo puede el arte sacar partido de las fisionomías vulgares y de los aspectos feos de la naturaleza, sin comprometer el realismo, fuente de perdurable belleza. Así de un modelo grotesco y deformé

como Francisco Sforza obtuvo Leonardo un guerrero noble y alto.

La Sagrada Familia, dibujada por Durero, expresa los elementos constitutivos de las escuelas germánicas. No podría asegurarse ante él, como ante ciertos dibujos de Holbein, lo contrario de lo que se aseguró tantos siglos, es decir: rechazar la teoría de ver en los Van Eyck los educadores de los primeros maestros alemanes y aceptar en cambio la posibilidad de que la escuela de Brujas derive de la escuela de Colonia.

Alberto Durero, en medio de su personalidad casi agresiva de tan independiente, permite concebir la posibilidad de la fusión de la alianza del arte alemán libertado de las influencias góticas, con el italiano libertado de las influencias bizantinas.

Ved ahora Rembrandt, el más grande de toda la escuela holandesa. ¿No hay en estos fuertes contrastes de las líneas negras y los espacios blancos, de las aguadas sabiamente extendidas, todo el secreto del arte prodigioso



"La Sagrada Familia", dibujo a pluma de Alberto Durero

tras hojear aquellos álbumes con los «cra-yons» de Clouet, donde el pintor de Francisco I y de Enrique II reunía los personajes eminentes de cada familia.

He aquí los divinos Leonardo y Donatello. Nos hablan de los maestros de la escuela florentina y de sus dibujos, que comienzan con Giotto el apóstol de la verdad natural y de la espiritual independencia. Giotto cuyos dibujos, como los de todos los pintores de su época que cultivaban preferentemente el fresco, eran ya costosos y difíciles de hallar en tiempos de Vasari. En este dibujo recio, vigoroso, de trazos



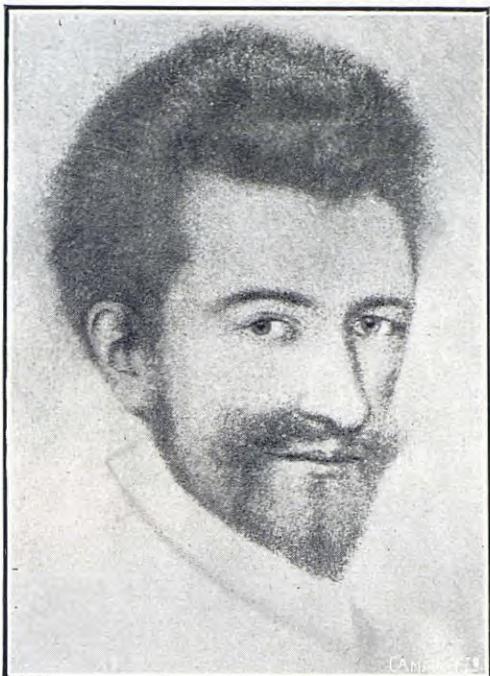
"Fragmento de una tumba", dibujo á pluma por Donatello



Boceto de un retrato de la condesa Georgiana, por Reynolds



"Los mendigos", dibujo para un aguafuerte original de Rembrandt



Dibujo de Dumonstier

del maestro? La misma oposición de intensidades luminosas hay en estos dibujos que en sus aguas fuertes y que en sus cuadros. Es siempre el pintor, que, según frase afortunada de un crítico francés, «hubiera querido ver los espectáculos del mundo, alumbrándoles por un fanal que reflejara los rayos de cien soles hasta el punto de que todo pareciese obscuro fuera del campo de proyección de esta luz fantástica».

¿Acaso este dibujo de Rubens puede ser confundido con los de otros maestros flamencos? Es suave, delicado, muy por encima de la ingeniosidad teatral y declamatoria del estilo de sus cuadros. Son inconfundibles los dibujos de Rubens, estos amplios apuntes á pluma ó á lápiz con leves pinceladas de bistre ó de tinta y reforzados con toques de blanco é indigo. Diriase, incluso, que son apuntes superpuestos por cómo los contornos aparecen debajo de la transparencia de las tintas que fingen rectificaciones de la primera composición.

Y por último, junto á la elegancia y la distinción de los maestros ingleses del siglo xviii como Reynolds, toda la gracia incolicable y única de los maestros franceses de la misma época: de los Watteau, de los Boucher, de los Fragonard.



Dibujo de Perronneau



Dibujo de Rubens

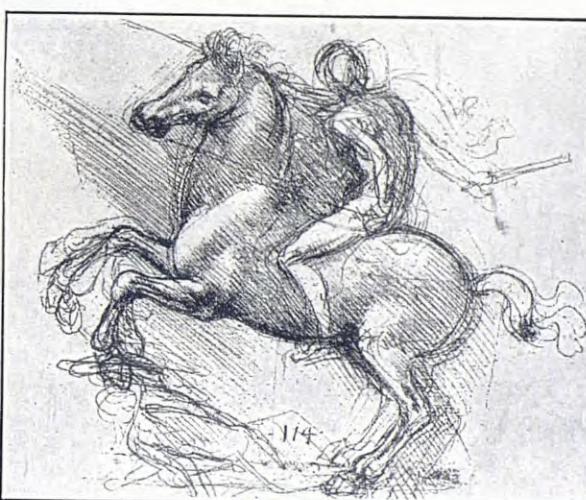
Siglo de las frívolas distinciones y de las trágicas rebeldías. Lejos de las Academias, de los clasicismos de David, una serie de dibujantes admirables se inspiraban en la vida real, como Chardin, el historiador de la burguesía; en las galantes fiestas, como Watteau; exaltaban amorosamente los desnudos femeninos como Boucher; ilustraban los libros de Restif de la Bretome como Moreau, el joven.

Todo un picaresco ó sensual ó realista desfile de sanguinas encantadoras; arte sutil, maravilloso.

¡Maravillosa colección de cartones olvidados y deshechados no sólo en Europa, sino en la misma Francia hasta que Edmundo y Julio de Goncourt empezaron á publicar el año 1859 sus monografías acerca de los artistas del siglo xviii!

Colección que cada vez parece más extensa porque nada tan delicado y difícil de reconocer como la autenticidad de estas obras que hoy día se falsifican á millares. Alemania, por ejemplo, ha alcanzado la supremacía en la «fabricación» de aguadas de Baudoin, sanguinas de Watteau y de Trinqueses, sepías de Fragonard y «craons» de Boucher...

L.

Estudio de Leonardo de Vinci para la estatua de Francisco Sforza
(Propiedad de la Reina de Inglaterra)

"El pequeño vago", dibujo de Watteau



"Estudio para un retrato", dibujo de Watteau



"Apuntes para un cuadro", dibujo de Boucher

LA CAPA DEL MENDIGO



En los viejos tiempos católicos y caballerescos, el mendigo era hermano del mismo rey. Tenía una altivez hidalga y llevaba al cinto el bote de la guropa, y arrastraba su tabardo mugriente con el orgullo de un manto real.

—Buscad vuestros pobres en otra parte, que yo no puedo volver—, hubo de decirle un mangante á un caballero que no halló á mano moneda que darle.

Recibían la limosna con altanería. El mendigo estaba ungido por las palabras del Rabi, y creía de buena fé que, beneficiaban á sus donantes, pues así edificaban su ánima por la caridad. Les hacían la merced de dejarse dar limosna.

Una tarde paseábase por las Platerías un hidalgüelo gabacho, cuando le asaltó un mendigo de nobles barbas blancas y aspecto distinguido. Dolióse el hidalgüelo y quiso darle unas monedas sin humillarle:

—Sírvase llevarme este cartapacio hasta mi posada y le daré un escudo.

—Libre es vuestra merced de darme ó no limosna—gritó solemnemente el pedigüeño—pero no consiento que se me trate como á un criado.

—Y le volvió la espalda con desdén.

El mendigo es libre como el aire y ama su libertad sobre toda holgura y acomodo. Es de un individualismo rabioso; le place más rascarse sus liendres al sol, en medio del arroyo, que aprisionarse en el régimen, un poco frío, de las casas de caridad, donde, además tienen que doblegarse á la férula religiosa.

Al rancho metódico, prefieren la guropa en la alegría de las solanas, de sabrosa y pícara

parla con sus hermanos de cofradía. Y mejor que los lechos iguales y helados, con algo de cuartel ó de hospital, les sabe más gustoso, apretujarse en la escalerilla de Cuchilleros. Ante todo, hacer lo que les dé la real gana, y después Dios proveerá.

Es estéril toda iniciativa contra la mendicidad; es como una costra del alma española que no curan los bando de ningún corregidor. España es un país de pandereta, de azar y de aventura, y los mendigos son una rancia y pintoresca representación. En la patria de los pedigüenos, donde todos somos un poco mangantes, el mendigo es perfectamente respetable. Hay en nosotros un sabroso anhelo de tomar el sol, tranquilamente, esperando el milagro del pan y de los peces, en forma de destiempo oficial ó de combinación lucrativa. En un pueblo de trabajo, de ideales, de ciencia y de arte, la mendicidad es un repugnante tumor, como también es criminosa la tolerancia del juego nacional de la Lotería. Pero nosotros encendemos luminarias á la diosa Casualidad, convencidos de que vivir del esfuerzo personal es una utopía.

Un mendigo vive mejor que un pequeño covachuelista, y, de sobra, más holgadamente que un obrero. En una tarde de trabajo, cualquier mendigo un poco acreditado saca de ocho á diez pesetas, es decir, el sueldo de jefe de negociado de tercera y no tiene que aherrojarse en la covachuela ni ponerse los manguitos ni tocarse con un gorrito absurdo.

El mangante tiene un castizo abolengo y nuestros contemporáneos lo son, más que por nece-

sidad, por el imperativo de la casta, por una enorme fuerza de atavismo.

¡Oh, capa del mendigo, santificada y evangélica, alta como la del mismo rey! La que pasó flotante por las páginas de la picaresca del Siglo de Oro; la que vemos hoy en las solanas, á la puerta de los cuarteles, ó como una visión goyesca, en las escaleras de Cuchilleros, mientras suenan cantarinas las fuentecillas de la Plaza Mayor. Debajo de tus harapos hay un jirón del alma española, aventurera y andariega, castiza y soñadora.

¡Capa de los mendigos juglares que van por las aldeas; tabardos que cobijan á los singidos paralíticos, que desgranan el rosario de sus cuitas y se arrastran al sol, lo mismo que gusanos; manos pedigüenas, perfiles costrosos, pupilas sin luz, que son las clásicas figuras del viejo retablo, tenéis una jocunda poesía antoñana que en vano quieren borrar los graves varones de Concejos y de piadosas Hermandades.

País de piruetas y de Lotería, de chirlatas y de matasietes, donde reina lo imprevisto, la aventura y el salto mortal, donde el arte y la ciencia son pardioseros, donde se mendiga todo, desde la bicoca política, hasta el duro pan proletario; donde el esfuerzo personal no da derecho á esperar nada, ¿con qué autoridad queremos suprimir la mendicidad pintoresca? ¿No os parece que toda España, va envuelta en una capa de mendigo?

EMILIO CARRÉRE

DIBUJO DE MARÍN

COSAS DE ANTAÑO

TARDÍO; PERO CIERTO

El inmortal comediógrafo Bretón de los Herreros, que fué prudente en todo (menos en la aventura que le costó un ojo de la cara), llevó su prudencia y su precaución al último grado al abordar el por todos conceptos grave problema del matrimonio. No se decidió á renunciar á la libertad é independencia del hombre soltero sin profundas y largas meditaciones; tan largas, que ya contaba cuarenta y un años bien cumplidos cuando se sometió al yugo de Himeneo, después de haber demostrado prácticamente que «el buey suelto bien se lame».

Ya era académico de la Lengua y autor de cien comedias aplaudidas cuando se casó. Se había resistido heroicamente á dar este paso, «no porque tuviera inquebrantable vocación al celibato, antes bien, estaba dispuesto á abandonarlo cuando hallase una compañera que respondiese al ideal que él se había formado de la esposa, y sobre todo de su esposa». Indudablemente desconfiaba de encontrar la mujer soñada dos años antes de su matrimonio (1855) por cuanto publicó en el periódico *La Abeja* una letrilla titulada *No me caso*, de la cual, y para dar idea de su pensamiento, he de copiar aquí las dos primeras estrofas:

«Que es el mejor estado,
dijo cierto doctor,
el casto matrimonio
si lo bendice Dios.
Pero si el diablo al mio
le echa su maldición?
Que se case quien quiera:
yo no me caso, no.
¡Ay, que de todo tiene
la viña del Señor!
Y ello es que el susodicho
doctor no se casó.
Por si acaso me sale
calabaza el melón,
que se case quien quiera:
yo no me caso, no.»

Lo peregrino del caso fué que un mes después, y en el mismo periódico, publicó Bretón una segunda letrilla que es completa palinodia de la primera, lo que hace suponer, lógicamente pensando, que había encontrado la mujer ideal que buscaba. He aquí, como de la anterior, las dos primeras estrofas:

«Harto estoy, viven los cielos,
de andar á salto de mata;
aunque dé con una ingratita,
y más que rabie de celos
y haga en Madrid el payaso,
esto es hecho: *yo me caso.*»

Se me atreve la fregona;
me calumnia la tende;a;
me roba la lavandera;
me cuida mal la patrona,
y eso que nada la taso.
Está visto: *yo me caso.*»



Manuel Bretón
de los Herreros

ellos bastarían para manifestar la diferencia que existía entre el autor de *El hombre de mundo* y el de *Marcela*.»

«A decir verdad, Bretón no estuvo en aquella ocasión tan expansivo y decidido como á la sazón acostumbraba á aparecer en convites familiares.»

Lo cual se explica perfectamente. ¿Cómo quería el simpático Marqués que estuviera el hombre que acababa de jugarse contra el Destino la carta más difícil y problemática de la vida. Como estaba: hondamente preocupado. Como alguien notase su preocupación y su premiosidad, él dijo que se encontraba más conmovido que inspirado. Despues de haber brindado el padre de la novia y el padrino, D. Juan Nicasio Gallego, invitado á brindar también, improvisó la siguiente décima:

«Ir con versos á Bretón
fuerá no menor demencia
que ir con chufas á Valencia
ó llevar cal á Morón;
mas por distinta razón
desmayo y no me propas,
que no quiero en este caso
juntar con profano celo
las bendiciones del cielo
con los chistes del Parnaso.»

Se ve que el inspirado autor de la oda *El Dos de Mayo* había tomado en serio su misión como sacerdote y de ella no quería apartarse al imponer el yugo del matrimonio á su compañero en letras...

Como poeta, en lo que se refiere al amor y al matrimonio, Bretón fué más inconsiguiente que un político de nuestros días. Primero, dijo, en verso, que no se casaba, luego, que se casaba á toda prisa; en su famosa comedia *Me voy de Madrid*, que tiene mucho de autobiografía, pone en boca de D. Joaquín la siguiente redondilla:

«No es ella de nuestra masa.
¿Y qué ha de entender de amor
mujer que tiene valor
para llamarse Tomasa?»

¡Y luego se casa con Doña Tomasa Andrés!... Menos mal que tuvo la suerte de encontrar una mujer que, llamándose Tomasa y todo, fué hermosa y lo hizo feliz; él mismo lo declara al confirmar su amor conyugal á los cinco años de casado, en los términos siguientes:

«Los hombres dudarán, bella Tomasa,
aunque mi firma dé por testimonio,
que i n lus'ro va á cumplir mi matrimonio
y el mismo amor que te juré me abrasa.»

Fué tardío; pero cierto.

FRANCISCO FLORES GARCÍA

SONATINA

PARA ANGELITA BENLIURE

De tu porte gentil de Infantina
no resisto, Angelina, el encanto,
y tus gracias quisiera, Angelina,
con relumbres de luz diamantina
en las notas rimar de mi canto.

Por la cumbre florida desciendes
de una estirpe gloriosa de artistas,
y en las flores y gemas que biendes
á tu paso, fulgores enciendes
que abrillantan corolas y aristas.

Tu cabeza, de dulce belleza,
es prodigo de artística traza,
y en su linda expresión, tu cabeza
habla al alma de amor y nobleza;
de una recia nobleza de raza.

A las líneas del rostro galano
dió el pincel de tu padre tributo,
y por ellas corrió soberano
el cineal de tu tío Mariano
cuál buril del sin par Benvenuto.

Llevas algo aromático y fresco
que suspende y arroba y encanta;
la atracción del mirar pícaresco,
el esfumado de un don principesco
y el rumor de una fuente que canta.

En tu boca la flor del granado
hizo estuche al marfil de una joya,
y el carmín, al armiño mezclado,
dió á tu faz ese tinte rosado
que fulgura en las majas de Goga.

Eres llena de ingenio y de gracia
y el cantar de los líricos bardos
tiene en ti su mayor eficacia;
que trasciendes á aromas de acacia,
de jazmíns, claveles y nardos.

Dios te guarde, gentil Infantina,
la de linda y artística traza;
El bendiga tu senda, Angelina,
ya que puso en tu cara divina
todo el noble val'or de tu raza.

ENVIO

Angelina, peregrina;
fina,
asina
como una dulce Infantina
de la tez alabastrina
y de la voz cantarina,
sin menina
y sin bufón,
en la estrofa cristalina
de mi ingenua sonatina,
va, Angelina,
una rosa purpurina:
mi corazón que se inclina
cuando llega repentina
tan ahína
la ocasión!

J. JURADO DE LA PARRA



ELOGIO HISTÓRICO DE LA PLAZA MAYOR

No hay pueblo, por humilde que sea, que no haya su Plaza Mayor, la cual sirve de escenario á todo importante acaecimiento.

Esta de Madrid es muy honorable y de rancia estirpe.

Los más insignes coronistas dicen que tuvo su fundación en los años primeros del siglo XV, reyando D. Juan II, y que entonces se llamó Villa del Arrabal, por situarse á la entrada de la Villa, muy cerca de la Puerta de Guadalajara.

Una Real provisión del señor Rey Don Felipe II, fechada en Barcelona á 17 de Agosto de 1593, y dirigida al licenciado Cristóbal de Toro, manda que le informase «qué costaría hacer unas tiendas en la Plaza del Arrabal y si seguiría utilidad de hacerla, quedando su fábrica para los propios de la Villa».

Ya iba andando con infantiles pasos el siglo XVII y regía bastante desastrosamente los destinos de España é Indias la desdichada majestad de Felipe III, cuando sufrió la Plaza la primera reforma, dirigida por el arquitecto Juan de Mora, discípulo de Juan de Herrera.

A su pericia y vasto conocimiento en el arte arquitectónico unía una actividad poco española, puesto que comenzó las obras en 1617 y dijolas por terminadas dos años después.

ooo

El 15 de Mayo de 1620 celebróse en ella la beatificación de San Isidro del Campo, y ya comenzó á sentirse partidaria de la chamusquina, pues que un castillo fastuoso construido en el centro, ardió como yesca.

El 2 de Mayo (fecha que siempre fué fatídica para España) presenció la proclamación del monarca galante D. Felipe IV, y á 21 días del mes de Octubre de aquel mismo año finó en ella de mala muerte D. Rodrigo Calderón, marqués de Siete Iglesias y conde de la Oliva...

En 1622 tornó á ser salón de actos de la Iglesia para canonizar á San Isidro, San Francisco Xavier, Santa Teresa y San Felipe Neri.

En 1º de Junio de 1623 fué teatro de aquellas magníficas fiestas de amor que esfumáronse en desvío, en homenaje de la Infanta doña María y el Príncipe de Gales.

De aquel festejo nació una leyenda cortesana. No habiése hecho lugar para que la famosa comedianta María Calderón, gentil entretenimien-

to del Soberano, presenciara el festejo, y advertido dello el galán, mandó construir durante el breve espacio de una noche, un balcón fuera de línea (porque más se destacara) hacia la calle de Boteros, del que fué arrojada la farandulera por la reina doña Isabel...

En Enero de aquel mismo año 1623 había inaugurado la Plaza Mayor la serie de autos, fe que sostuvo hasta las postimerías del siglo XVIII. Juzgóse á Blas Ferrer por fingirse sacerdote, el cual, fué condenado á tostadura lenta en el brasero de la Puerta de Alcalá, y sin duda que un chispazo venatorio escapado de la Cruz del Quemadero, vino el 7 de Julio de 1631 á cebarse en el espacio que media entre la Carnicería y el arco de Toledo: duró el incendio tres días, muriendo en él infinidad de personas.

Los auxilios humanos eran estériles, y fué menester de acudir á la intercesión divina, sacando el Sacramento de las parroquias de Santa Cruz, San Ginés y San Miguel, y todas las imágenes de Nuestra Señora que había en la Corte.

Esto no impidió que de allí á muy pocos días corriéranse los tradicionales toros de Santa Ana, divertimento que acarreó una nueva desdicha, pues temeroso el público con el fuego reciente, creyó por una falsa alarma que se repetía la catástrofe, y al pretender huir, produjose más grande desgracia que la anterior. No obstante, prosiguió la diversión y los Reyes no se apartaron de su puesto.

Transcurrió un largo espacio de tiempo sin que nuevo suceso ni alegría importante viniese á inquietar á la gran bullanguera, hasta que andando el año de 1648, ocurrióles al duque de Híjar, al general D. Carlos Padilla y al marqués de la Vega, el mal acuerdo de conspirar contra el Estado, y á 5 días de Noviembre murieron degollados en la parte de la Plaza que de derecho les correspondía.

En 1790 heredó la de la Cebada este triste privilegio de ser lugar de las ejecuciones públicas.

Cuando era bena de garrote, levantándose el cadalso junto á la Panadería; cuando de horca y degüello, en la parte de la Carnicería.

Tornaron las señoras llamas á invadir, destruyendo la Panadería y casas de junto; diez meses después quedó reconstruida, merced á la influencia del privado D. Fernando de Valenzuela y

bajo la dirección del arquitecto D. José Donoso.

El 13 de Enero de 1680 hubo notables fiestas para celebrar la entrada en Madrid de doña María Luisa de Orleans, esposa del Monarca Hechizado.

En contraste desta ventura, celebróse el 30 de Junio del mismo año el famoso auto de fe cronificado por José del Olmo, que presencian Sus Majestades desde las siete de la mañana hasta las nueve de la noche. De los ochenta reos que se juzgaron veintiuno fueron condenados á la hoguera.

En 1701 fué proclamado en ella por Rey de España, con el nombre de Felipe V, el Duque de Anjou. Poco después sufrió la fantástica proclamación del Archiduque austriaco.

El nuevo Monarca que nos vino de Francia quebrantó sus fueros, reduciéndola á mercado público, y sólo en muy solemnes sucesos volvió á lucir su antiguo esplendor. Tal acontecimiento al advenimiento de Fernando VI, proclamación de Carlos III y jura del Príncipe de Asturias, más tarde Carlos IV.

El 16 de Agosto de 1790, un nuevo y voraz incendio dejó completamente destruido el lienzo que unía la parte de Oriente con el arco de Toledo, quedando reconstruido poco después bajo la dirección de D. Juan Villanueva.

Con motivo del matrimonio del Príncipe Fernando, verificado el 13 de Julio de 1803, celebráronse muy lucidas y ostentosas diversiones.

Y así continuara (y plegue al cielo que continúe por muchos siglos) siendo palenque de las fiestas más notables de la Corte, que aun el siglo nos dejó fué campo en que con más encarnizamiento batieronse la Milicia Nacional y los Guardias Reales el 7 de Julio de 1822.

Las últimas corridas de toros hubieron de celebrarse el 21 de Junio de 1833, con motivo de la jura de la Reina Isabel, y luego, en 16, 17 y 18 de Octubre del 46 en loor de las bodas de la misma con el Duque de Cádiz y de la Infanta Luisa Fernanda con el Duque de Montpensier.

Estos son, recordados á grandes rasgos, con permiso de los notables coronistas de oficio, los momentos históricos de nuestra Plaza Mayor...

DIEGO SAN JOSE

FOTOGRAFÍA DE LAURENT

LA ESFERA

ARTE CONTEMPORÁNEO



PAISAJE MONTAÑÉS, cuadro de Imeldo Corral

CANÁRA-Foto



CÁMARA LTD.

Boby se entra por las doradas puertas del Bosque de Bolonia. En el espíritu de Boby quedan aún sombras de las pasadas amarguras, y aún no se abre apacible el ceño ni sonríen los pequeños labios que balbucen pequeños rencores...

DESDE PARÍS “BOBY”

SON las nueve de la mañana, de una mañana en la que el claro sol de invierno pone saudez primaveral.

No hay amenaza de lluvia en el tenué vaho de niebla que empaña el aire. No hay un soplo de viento en la enramada inmóvil y desnuda del parque.

Y el termómetro, colgado á la intemperie en el balcón de la «nursery», marca sus buenos ocho grados de calor.

Fuera, en la calle, el día es espléndido. En cambio, de ventanas adentro, reina la más dura tormenta, un ciclón de insubordinaciones, con truenos y rayos de cóleras é impaciencias que un encierro de cuarenta y ocho horas hubo de acumular sobre los nervios de Boby.

Mamá establece un oportuno paralelo entre la bonanza del tiempo y la cerrazón del negro humor de su hijo y, adoptando el partido que las circunstancias dictan, ordena la inmediata movilización general de toda la servidumbre femenina de Boby, para que en el más breve plazo quede «Monsieur» listo para ir camino de las Tullerías ó del Bosque.

Ante tales disposiciones, que él sabe pregoneras de su liberación, Boby se tranquiliza como por encanto, y lleva su condescendencia hasta el punto de entrar en el baño sin el menor asomo de protesta y de permitir, con igual mansedumbre, que sus indómitos rizos sufran tormento bajo el peine con el cual pretende «Miss» imponerles disciplina y orden.

Boby es un carácter, un carácter que Mamá no comprende sino á medias—aunque otra cosa imagine su vanidad maternal—y que «Miss» no comprende ni poco ni mucho.

Con ese carácter, de una pieza, llegó Boby al mundo hace tres años. Aún eran los días de paz, y Mamá, conformándose á la moda de entonces, encargó el cuidado de su hijo á una «frailein» alemana. Aquella mujer, demasiado instruida para su aparente condición, había estudiado á Kant y sabía del imperativo categórico.

Pese á lo cual no acertó con la definición de la psicología de Boby hasta que una tarde, leyendo á Rudyard Kipling, aprendió del humorismo inglés lo que jamás la ciencia alemana le pudiera enseñar. Y clara como el agua roquera, la fórmula de las iras de Boby apareció en aquel «demasiado Ego en su Kosmos» del hombre que quiso ser rey.

Desde aquel día, cuando Boby atronaba los ámbitos de la «nursery» con sus desaforados gritos, «Frailein» aprovechaba las forzosas pausas que el niño hacía para tomar aliento, y como una letanía desesperante repetía la fórmula peregrina:

—¡Demasiado Ego en tu Kosmos, Boby...!
¡Demasiado Ego...!

Lo que, lejos de aquietar al mozo, le exasperaba de tal modo que «Frailein» llegó á sospechar que Boby era una maravilla de precocidad, ya que á la edad de tres meses no sólo comprendía el francés potable, sino que también adivinaba el bárbaro y abominable francés que ella, «Frailein», hablaba.

ooo

Boby se entra ya por las doradas puertas del Bosque de Bolonia.

En el espíritu de Boby quedan aún sombras de las pasadas amarguras y aún no se abre apacible el ceño ni sonríen los pequeños labios que balbucen pequeños rencores.

Pero ante los zapatos blancos de «Monsieur» brindase crugidora la arena del paseo, y sobre ella, por entre las piernas de las grandes personas á quienes él desprecia desde toda la altura de su pequeñez, Boby describe la compleja línea de un trote menudo y rápido como el de un «fox», de un trote apresurado para llegar cuanto antes al término de la Avenida. Boby sabe que allí están sus amigos, y que allí ha de quedar él bajo la autoridad puramente nominal de «Miss», en tanto que la efectiva autoridad de mamá se alejará, camino adelante, consagrada á la cotidiana marcha de tres kilómetros, «footing» indispens-



Antes de que esto ocurra, asoma por detrás de un árbol la figura rubicunda y jovial de Teddy, el gran amigo y en cierto modo el maestro de Boby...



Como hombre avezado y audaz, Teddy se acerca resuelto á las bellas. Y las bellas, que no son esquivas, sonrén á Teddy y obsequian á Boby con una avalancha de caricias en las que, á juicio del favorecido, hay exceso de familiaridad

sable para que la belleza entrada en sazón no desvío por la pendiente de una temprana obediencia.

ooo

—¡Boby...! ¿Petit Boby?...

Requerido por una voz oculta, Boby se detiene para otear... La voz repite, cariñosa y burlona:

—¡Boby...! ¿Pequeño Boby?...

De nuevo el exceso de *Ego* que Boby tiene en su *Kosmos* anda cercano á otra explosión de impaciencias. Pero antes de que ésto ocurra asoma por detrás de un árbol la figura rubicunda y jovial de Teddy, el gran amigo y en cierto modo el maestro de Boby.

Tedy es un *gentleman* que reúne la experiencia de sus cinco años cumplidos y la fascinadora elegancia de unos pantalones de *hombre*, de un paletot cruzado y de un chambergo absolutamente *dernier cri*.

Todo ésto causa la admiración de Boby, que aún no ha logrado convencer á Mamá lo inopportunos que son, vestidos por un señor que sabe andar y explicarse, los calzones de batista, los trajes de falda y las capotas de seda: vanas prendas que la debilidad femenina puede admitir, pero que no cuadran á la varonil prestancia de un hidalgo. Boby abraza efusivamente á Tedy... Tedy estampa dos sonoros besos sobre las mejillas de Boby y ambos compadres se van, *la main dans la main*, hacia el grupo de pequeñas damiselas que allí próximo discuten gravemente acerca de la educación que mejor conviene á una muñeca.

Como galán avezado y audaz, Tedy se acerca resueltamente á las bellas. Y las bellas, que no son esquivas, sonrén á Tedy, y obsequian á Boby con una avalancha de caricias en las que á juicio del favorecido, hay notorio exceso de familiaridad y no menos notorio defecto de prudencia y de medida.

Pero Boby sufre todo ésto con resignación, porque sabe que para ser bien visto es menester tolerar en sociedad, sonriendo, aquello mismo que en casa no se tolera ó contra lo cual—si forzoso es padecerlo—se fulminan todas las iras del Averno.

Terminadas estas primeras y exuberantes efusiones, la señorita Lili propone á sus amigas y á sus galanteadores una ronda,



Ella viste un pequeño uniforme de amazona, muy "guerra europea", y él luce un "complet" á cuadros, muy "ingles de exportación", paradójicamente combinado con un sombrerillo tirolés, de lo más subversivo en estos tiempos

danzada en torno de aquella ó de aquel á quien la suerte designe para quedarse en medio.

La ronda es acertada sin reservas, y para hacerla más brillante y concurrida Lili decide invitar á *los dos nuevos*, una niña y un niño á quienes nadie conoce: dos hermanitos que por vez primera aparecen en aquellos horizontes y que, tímidos y reservados, juegan á parte. Ella viste un pequeño uniforme de amazona, muy "guerra europea", y él luce un *complet* á cuadros, muy "ingles de exportación", paradójicamente combinado con un sombrerillo tirolés de lo más subversivo en estos tiempos...

Los "nuevos", errastrados por Lili, forman en el corro. Viéndolos en semejante traza, Suzette, que es un espíritu crítico, murmura al oído de Tedy maliciosas chanzas. Verdaderamente, la mamá de estos niños podía vestirlos mejor... Tedy insinúa que tal vez los "nuevos" sean provincianos. Suzette afirma que lo son... No hay más que verlos...

Boby escucha estos discretos y piensa en que, pese á todo, de buena gana trocaría el sus faldillas y su capota por el pantalón á cuadros y el gorro tirolés del niño forastero, y en que de aun mejor grado renunciaría á su postre favorito si así le fuera dado calzar un par de polainas de

cuero como las que calzan los "nuevos", unas maravillosas polainas dotadas con el prestigio de un número incalculable de botones.

Pero la ronda comienza. La almendra, escondida en los puños cerrados de Lili, le ha tocado en suerte á Tedy, y en derredor de él gira el corro alegre de los camaradas.

Clara y desentonada, vibra la canción ingenua de la que tanto gustaron, perversos, aquellos duques pastores y aquellas marquesas zagalas de los buenos tiempos del Rey Sol...

—Si le Roy m'avait donné
París, sa grande ville,
Et qu'il m'eut fallu quitter
L'amour de m'amie,
Je dirais au Roi Henri
Reprennez votre Paris.
J'aime mieux m'amie, au gué;
J'aime mieux m'amie...

Boby está contento... Boby se divierte... Pero al comenzar la tercera ronda la almendra le toca á él, á Boby, que ha de quedarse en medio, viendo á los otros danzar.

Cortés y consecuente con su principios, Boby se coloca bravamente en el centro de la ronda, bien derecho para parecer mayor... Y la ronda comienza:

—Si le Roi m'avait donné
París, sa grande ville...

Mas los ojos de Boby comienzan á nublarse... Las figuras que giran en torno suyo se confunden y se borran... Boby siente una inexplicable angustia que le opriete el pecho con todo el peso del mundo... Boby se marea...

La ronda, implacable, sigue girando, y Boby se considera ya definitivamente perdido, cuando una voz, que él conoce bien, pronuncia inquieta:

—¡Boby!... ¿Dónde estás, Boby?...

Boby clama:

— ¡Mamá! ¡¡Mamá!! ¡¡Mamá!!!

Y mamá llega á tiempo para detener la ronda y para liberar de aquel martirio á su hijo, que aún solloza dulcemente, pero que, fatigado por las emociones de la jornada, acaba por dormirse entre los brazos maternales, vencido esta vez por el inmenso *Kosmos* su inquieto y pequeño *Ego*...

ANTONIO G. DE LINARES
Paris, 1916



... Los calzones de batista, los trajes de falda, las capotas de terciopelo: vanas prendas que la debilidad femenina puede admitir, pero que no cuadran á la varonil prestancia de un hidalgo...

FOT. H. MANUEL

ASPECTOS CONTEMPORANEOS

LA EVOLUCIÓN ARTÍSTICA DEL ANUNCIO

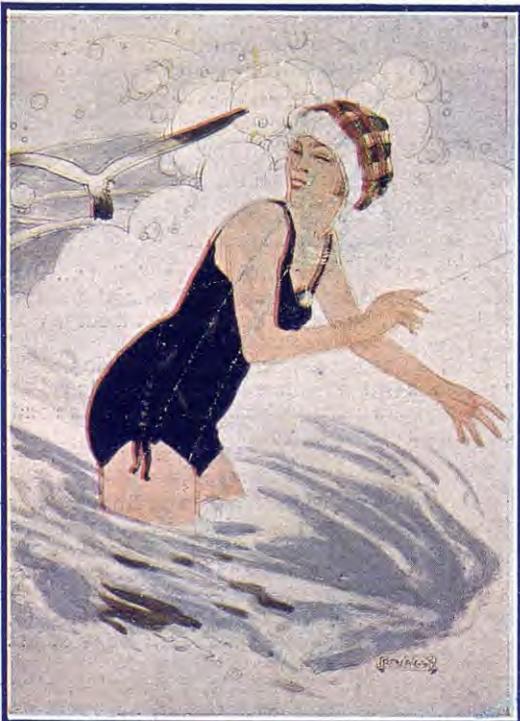
JULIO Huret, en su libro acerca de la América del Norte, dice lo siguiente: «El reclamo americano es infinito. Es viviente y multiforme. Es gráfico, impreso, verbal, cambiante, mecánico, luminoso, teatral; se detiene sobre los muros, marcha por las calles, galopa por los caminos, rueda sobre las vías férreas ó los rieles de los tranvías, navega sobre las aguas, vuela en la atmósfera.»

Realmente, son los Estados Unidos la nación que más cultiva el anuncio, empleando todas las formas y todos los medios imaginables por fantásticos y audaces que sean. Tal vez radique en ello su prosperidad industrial y ese acrecentamiento de las fortunas que en Europa sigue pareciendo fabuloso.

Abarca todas las manifestaciones de la vida nacional; desde las elecciones presidenciales á los cantos litúrgicos que se reparten gratis á los fieles los días de Navidad. Desde las fábricas de salazones y conservas al libro que acaba de publicar un autor en boga; desde los productos farmacéuticos á la película recién filmada.

Sorprenden por enormes los presupuestos de publicidad en las empresas mercantiles e industriales yanquis. Antes de la guerra de Secesión, una fábrica de loza gastaba 180.000 pesetas anuales en anuncios. Esta misma casa emplea actualmente tres millones. Una fábrica de jabón que hace treinta años invertía 150.000 pesetas en su publicidad anual, dedica ahora 55.000 mensuales para el mismo objeto. Únicamente los bazar y las tiendas de novedades de Nueva York gastan en anuncios, «dentro de la ciudad», 25 millones.

Y esto que se refiere sólo á América, puede



Original de Penagos, anunciador del Jabón Flores del Campo, publicado en "A B C" el 9 de Septiembre de 1915

afirmarse también de Alemania, de Inglaterra, de Francia—antes de la guerra, naturalmente.

Nuestro siglo es el siglo de la publicidad. El anuncio ejerce una acción decisiva y universal. Nos sale al encuentro, nos obsesiona, nos domina, le encontramos en todas partes: al desdoblar nuestro periódico, al abrir el libro, al encender el cigarro; no respeta los muros de los templos ni de los palacios, y nos sorprende en plena contemplación de la naturaleza ofreciéndonos un chocolate sin rival ó un calzado excelente, en medio de un bosque de pinos ó recibiendo los postres y melancólicos rayos del sol en un vespertino otoñal.

Sin embargo, durante mucho tiempo han per-



Anuncio hecho para los transparentes en los tranvías de Barcelona, obra de los talleres de dibujo que sostiene la casa *Floralia*

sistido varios conceptos erróneos de la publicidad. Se consideraba que las buenas casas no necesitaban anunciarse; se creía puramente restringido á la esfera mercantil, el radio de acción de la publicidad; se suponía, incluso, que el anuncio no tenía ventajas más que para el anunciantre.

Una publicidad que no esté secundada por el valor del producto sería ruinosa para su autor. Precisamente son las casas más sólidas, más acreditadas, las que amplían anualmente su presupuesto de anuncios que responden á un aumento creciente de ventas.

Los mismos Estados no vacilan en acudir á la publicidad frente á los grandes problemas nacionales, como en el reclutamiento inglés, en los diferentes empréstitos de las naciones beligerantes, incluso en la subvención de periódicos, en la organización de exposiciones artísticas y de conferencias literarias para propagandas respectivas en los países neutrales.

Por último, no es solamente el productor quien se beneficia más con los modernos procedimientos de propaganda, sino el consumidor.

La publicidad lleva á conocimiento del público, somete á su crítica y á su elección diversos productos de un mismo género. Coloca ante él los últimos perfeccionamientos, le expone y enumera las diversas ventajas de cada uno y le obliga á formarse una opinión, á manifestar una preferencia y razonar un criterio.

Y no solamente tiene un aspecto económico la publicidad, sino también democrático. Contribuye á propagar una serie de ventajas que antes sólo disfrutaba un número limitado de personas. La gente ignoraba infinitos medios de confort modernos que sólo disfrutaban los adinerados ó los aristócratas. La publicidad ha destruido esta desigualdad, porque al establecer las competencias, al consentir un aumento de producción, arrastra consigo una rápida rebaja de los precios...

España, en este aspecto de la vida, como en tantos otros, no ha adelantado mucho. No olvidemos que es nuestra patria amiga de los refranes, y que el de «el buen paño en el arca se vende» sigue siendo un lema comercial para la mayoría de los productores españoles.

No obstante, el momento es propicio para un resurgimiento de nuestra industria. La guerra, que ha paralizado la prosperidad industrial y comercial de las primeras naciones europeas, precisamente de aquellas que debieron esa prosperidad mercantil á la publicidad, ofrece la ocasión de aprovechar los ejemplos.

Incluso no tendríamos que mirar más allá de los horizontes para encontrar una norma de conducta. Aquí mismo, en España, hay dos ó tres empresas cuya popularidad creciente y cuyo engrandecimiento económico están en razón directa de los gastos de publicidad.

Fijémonos, por ejemplo, en *Floralia*, que ha venido á revolucionar por completo el concepto del anuncio español. Los precedentes no son muchos: las caricaturas de Ortego tituladas «antes y después de tomar el chocolate de Matías López» y el estribillo final de los reclamos del doctor Garrido: «ya lo sabéis: Luna, 6».

Practicaban estos anunciantes el criterio de la permanencia, de la uniformidad, de la repetición

obstinada e invariable de un mismo procedimiento.

Floralia se aventuró en un sentido totalmente distinto. Elegidas las palabras necesarias las ofreció de mil maneras distintas y todas ellas orientadas siempre con un buen gusto artístico muy laudable: el anuncio de la cubierta del programa del teatro Real, la campaña del dibujante Relámpago que dibujaba rápidamente anuncios en las lunas de los escaparates, el concurso de la muñeca, el concurso infantil de dibujos en que los niños dieron á conocer ideas muy interesantes sobre publicidad, y por último, el concurso de fotografías artísticas que se celebra actualmente.

Pero lo que ha caracterizado la obra de *Floralia* es la evolución artística del anuncio. A semejanza de los grandes productores extranjeros, esta fábrica de perfumería ha recurrido á los dibujantes españoles. No les ha impuesto un anuncio sistemático y sometido á reglas fijas

ni á detalles antiestéticos. Dejó en libertad su inspiración y así pudieron los artistas ampliar su popularidad y mejorar sus medios de vida sin la menor abdicación estética. El arte del cartel, que balbuceaba inseguro en España, ha adquirido, gracias á esta entidad industrial, una significación admirable.

Acaso no habrá un solo dibujante español que no haya publicado sus creaciones por mediación de la casa *Floralia*. Ella no les exigía más que las cualidades indispensables de belleza decorativa, de buen gusto en la armonía, de elegante distinción en las obras serias e ingeniosa gracia en las humorísticas. Y así, poco á poco, el arte decorativo español, que tiene ya varios maestros jóvenes, ha ido imponiéndose al público



Original de Bartolozzi, anunciador del Jabón Flores del Campo, publicado en "Blanco y Negro" el 28 de Mayo de 1916

co con mayor eficacia que en exposiciones aisladas ó que en ilustraciones de artículos literarios, pasando de las planas consagradas á la publicidad á las primeras de los semanarios más prestigiosos.

Y el público recibe con esto una educación práctica, cuyos frutos no tarda en recoger, por medio de un bienestar económico, bienestar que le ha sido revelado por el moderno agente de la publicidad artística.

Ved, pues, un nuevo aspecto de la publicidad: la educación estética de las muchedumbres.

SILVIO LAGO